

APACIENTA MIS OVEJAS

Una mirada bíblica al rol del anciano en la iglesia local

HAROLD CORTÉS



ECB

Apacienta mis ovejas

El Camino de Damasco

Harold Cortés
Apacienta mis ovejas



By **Libreta Negra**©

Publicado en Colombia, junio – 2020
Colección: Ministerio pastoral

© De esta edición: primera edición
Apacienta mis ovejas

Editorial Libreta Negra
Teléfono (57) 3185631756
www.libretanegra.co
Cali – Colombia.

Diseño y diagramación: Harold Cortés
correo: pr.haroldcortes@gmail.com

Diseño de cubierta: Libreta Negra
© Fotografía de cubierta: Unsplash

Libreta Negra es un proyecto editorial multimedia que tiene como objetivo brindar a escritores la oportunidad de publicar sus libros de manera independiente, con un acompañamiento litográfico, publicitario, de diseño y edición de textos. *El Camino de Damasco* es una marca registrada de la editorial, que tiene como misión difundir la Palabra de Dios mediante contenidos multimedia.

No está permitida la producción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*



By Libreta Negra©

«Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la Iglesia del Señor, la cual Él ganó por su propia sangre».

Pablo, Hechos 20. 28

«Pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo».

Pablo, 1 Corintios 3.9-11

«Apacentad la Grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la Grey».

Pedro, 1 Pedro 5. 1-3

A Jhon Jairo Serna

Escanea para contenido exclusivo



Contenido

Prólogo.....	15
Liderazgo 3.0	17
Liderazgo primitivo.....	29
El cuerpo humano y el cuerpo de Cristo	47
¿Anciano, obispo o pastor?	63
Diáconos: atendiendo las necesidades de la grey..	93
La grey: un rebaño comprado a precio de sangre	121
Apacienta mis ovejas	149
Consideraciones finales.....	169

Prólogo

“Si no deseas el éxito del ministerio, ¿por qué estás en él?”, escribió Richard Baxter en el libro *El pastor reformado*.

Esta frase impactó mi vida hace un par de años. Interpreto la pregunta más o menos así: si tu meta primordial en el ministerio no es presentar a la Iglesia como esposa a Cristo, sin mancha y sin arruga, entonces, ¿por qué estás en el ministerio?

Aunque esta es una pregunta que requiere cierta madurez espiritual para responderla, me animaré a decir que la razón por la que un líder permanece en el ministerio sin siquiera desear el crecimiento de la iglesia es porque no ha nacido de nuevo. Esta persona olvida el sacrificio de Cristo por su Iglesia (Hch. 20.28), mientras encuentra en ella un medio de distracción y pasatiempo.

Lamentablemente, la Iglesia contemporánea es una manifestación deforme de la Iglesia invisible (y por Iglesia Invisible me refiero aquella que está conformada por todas las personas a través de la historia de la humanidad que creyeron y seguirán creyendo en Cristo para salvación). Es evidente que la Iglesia contemporánea está muy lejos de ser el

reflejo de aquella que C. S. Lewis describió como una: “de raíces eternas, que vemos extenderse en el tiempo y el espacio, temible como un ejército con las banderas desplegadas y oleando al viento”.¹ Y gran parte del declive eclesiástico actual se debe a que muchos ministros no toman en cuenta el modelo bíblico para el liderazgo de la congregación.

Una pregunta para iniciar este estudio es: ¿cuentan los ministros con herramientas bíblicas para dirigir la Iglesia y levantar «las armas de nuestra milicia» (1 Co. 10.4), con las cuales se puede destruir fortalezas y derribar todo argumento y altivez que se levante en contra del conocimiento de Cristo, (1 Co. 10.5)?

Este estudio es un llamado a contender por la fe y la sana doctrina, rescatando el liderazgo bíblico para la Iglesia, mientras se dejan a un lado los conceptos y métodos seculares que durante muchos años han devastado congregaciones enteras en diferentes países del mundo.

El Señor nos de sabiduría y entendimiento.

¹ Lewis, 1942, p. 28.

Liderazgo 3.0

Mucho del liderazgo de la Iglesia actual esta direccionado según las últimas tendencias en marketing, industria y política. Del mismo modo en que un software es actualizado año tras año para presentar nuevas alternativas de funcionamiento, muchas congregaciones están adoptando nuevas *filosofías* de ministerio con el ánimo de “renovar” el objetivo de la Iglesia y potenciar su visión. El liderazgo contemporáneo parece un programa computacional: se actualiza desde la versión original hacia una versión 3.0.

“Los tiempos han cambiado. Hay que estar a la moda, es necesario un cambio según los avances históricos, culturales y sociológicos de nuestro tiempo”, escucho decir con frecuencia.

Sin embargo, nada ha hecho más daño a la Iglesia de Cristo que la implementación de nuevas

tendencias en el liderazgo para producir crecimientos exponenciales, que disparen las cifras de asistencia, libros de membresía y diezmos.

Los problemas más críticos de las congregaciones no provienen de ataques individuales a sus miembros, sino de ataques al liderazgo. Personalmente, creo que el diablo conoce muy bien la frase: “divide y vencerás”, y más aún: “confunde y vencerás”.

Pero ¿necesita la Iglesia adoptar nuevas formas de liderazgo conforme pasan los años? ¿Por qué es común para muchas denominaciones pensar que es anticuado el modelo bíblico para dirigir la Iglesia de Cristo?

La respuesta depende de cada uno en particular. Algunos pastores y líderes, que a su vez se desempeñan como empresarios, dirán que es necesario actualizar el liderazgo de la Iglesia hacia un modelo empresarial. Otros pastores y líderes con inclinaciones políticas dirán que es vital actualizar el liderazgo de la Iglesia hacia un modelo político. Y otros pastores y líderes inmersos en el trabajo social asegurarán que es necesario actualizar el liderazgo de la Iglesia hacia un modelo similar al de las fundaciones sin ánimo de lucro. Sin embargo, sólo aquellos pastores y líderes que estiman a la Biblia como su modelo final de liderazgo, mantendrán un estándar que jamás se desactualizará y que producirá

gran bendición y desarrollo espiritual. Por tal motivo, permítame aclarar ciertos mitos que rondan entre los pasillos de la Iglesia y que han generado confusión. Empecemos por esta pregunta: ¿es la Iglesia una empresa, un organismo político o una institución?

La Iglesia como empresa

Es normal que un líder o pastor se vea influenciado por su profesión, cualquiera que sea. Lo que no es normal es que esta persona use la Iglesia como su puesto de trabajo secular. Y con esto no quiero decir que el pastor o líder no pueda utilizar sus dones y conocimientos seculares para el beneficio de la Iglesia. La discusión se centra en que no es conveniente convertir a la Iglesia en el puesto de trabajo de un laico. La Iglesia tiene su propia estructura y principios, y deben respetarse para que cumpla la función por la cual Jesucristo la fundó.

Cuando Jesús llamó a sus discípulos, estos lo dejaron todo para servirle a tiempo completo (Mateo 19.27). Es tanto así que Jesús llamó a los primeros discípulos para que se convirtieran en “pescadores de hombres” y, por lo tanto, se vieron ante el reto de darle un nuevo significado a su antiguo oficio como pescadores (Mateo. 4.19). Cristo los llamó a una

labor específica y desafiante que era muy distinta a su profesión original. No imagino a Pedro usando redes de pescar para atrapar nuevos creyentes. Jesús pasaría tres años junto a estos hombres comunes, enseñándoles cómo se pescan hombres para el Reino de los Cielos.

Es común ver a pastores o líderes con habilidades en emprendimiento implementar un sistema empresarial en la Iglesia. Por ejemplo, las estructuras de estas congregaciones se desarrollan a partir de la asignación de un presidente y un vicepresidente. Por debajo de ellos, se encuentran los directores por departamentos, quienes tienen a su cargo a los jefes de área. Estos a su vez tienen a su cargo a los operarios y auxiliares.

He visto este modelo empresarial en varias congregaciones y, aunque a simple vista parece producir crecimientos exponenciales, a largo plazo puede hacer mucho daño a sus líderes y asistentes. De manera general, este modelo es adoptado para satisfacer el ego de los dirigentes y proveer un resultado numérico y financiero, mientras acomodan las verdades profundas del Evangelio según intereses particulares. Como veremos más adelante, este modelo es propio de la pirámide apostólica, es decir, de las estructuras en las que sólo hay una cabeza visible que dirige todo. Un interesante símil puede ser el siguiente:

Modelo empresarial	Modelo eclesial
Presidente	Pastor
Vicepresidente	Co-pastor
Directores o Ejecutivos	Líderes de ministerio
Operarios y auxiliares	Diáconos

En muchos casos, este modelo le genera a las cabezas de la congregación mayor provecho con poco esfuerzo, gracias al trabajo voluntario de sus miembros y al marcado enfoque ministerial basado en marketing. Sin embargo, esta estructura olvida el principio vital del liderazgo que Jesús enseñó diciendo: “No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera entre vosotros llegar a ser grande, será vuestro servidor” (Mateo. 20.26).

La Iglesia como organismo político

Otra tendencia actual es direccionar a la Iglesia hacia los nuevos movimientos políticos. Diversos grupos de líderes de diferentes denominaciones se enfocan únicamente en promover la justicia y la ley a través de actividades sociales dentro de la congregación. El modelo de Iglesia como un organismo político se enfoca en solucionar los problemas de orden público, mientras la labor vital y

específica de La Gran Comisión es dejada en segundo plano.

En este tipo de movimientos, es normal ver a pastores y líderes que no se enfocan en la oración y la Palabra de Dios (Hechos 6.2), sino que invierten gran parte de su tiempo en promocionar una campaña política para hacer el trabajo que los gobernadores, alcaldes y presidentes deben hacer. Lo más preocupante del asunto es que muchos pastores que lideran estos esfuerzos no persiguen la justicia a nivel social, sino el lucro y la promoción de candidatos políticos que, a futuro, les garantizarán puestos de trabajo, favores y convenios interinstitucionales.

Tal vez usted dirá: “pero ¿acaso no enseña la Biblia acerca de trabajar por la paz y someternos a nuestras autoridades gubernamentales? Sí. Y comparto la idea de que, como creyentes, debemos no sólo obedecer a nuestras instituciones, sino velar porque ellas modelen la Palabra de Dios en cada proyecto público nacional. Pero hay una línea muy delgada entre reconciliar a la humanidad con Dios y consigo misma a través del Evangelio y desatender las necesidades del rebaño y la misión de la Iglesia por correr tras cargos públicos.

El apóstol Pablo escribió a los cristianos en Éfeso: “porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de

separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca porque por medio de Él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2. 14-20).

De nuevo, Dios no quiere que su Iglesia tome el lugar que le corresponde a los organismos políticos, ni tampoco llama a políticos para gobernar a su Iglesia, Dios llama a siervos comprometidos con la tarea de la Gran Comisión para restablecer la paz entre Dios y la humanidad.

La Iglesia como fundación

He escuchado a muchas personas decir que la Iglesia es comparable con una fundación. Sólo les hace falta terminar la frase y decir: “sin ánimo de

lucro”. La Iglesia está muy lejos de ser una corporación humana para el trabajo exclusivamente social. De hecho, el mismo Dios se refiere a ella como su casa, “columna y sostén de la verdad” (1 Timoteo 3.15).

Una definición de la Real Academia de la Lengua Española (RAE) para la palabra fundación es: “Organismo público o privado que ha sido fundado para desempeñar una determinada labor cultural, científica, política o social”.

Considero firmemente que la Iglesia no es un organismo público ni privado, es el cuerpo de Cristo. Y tampoco ha sido creada para desempeñar una labor específica en materia cultural, política, científica o social, antes bien, su misión es impactar a la humanidad con el mensaje de las *Buenas Nuevas de Salvación*, produciendo arrepentimiento y fe en las personas para que crean en Cristo como su Señor y Salvador.

Este es el corazón de la labor eclesial. Jesús dijo a sus discípulos en el famoso discurso de Mateo 28. 18-20: “toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Toda potestad le fue dada a Cristo en los cielos y en toda la tierra para guiar a la Iglesia hacia la misión de hacer discípulos en todo el mundo a través de la enseñanza de los apóstoles y los profetas (Efesios 2.20).

Es la proclamación de la Palabra de Dios la que produce un cambio social, político y cultural, no al contrario. Cuando la Iglesia se enfoca exclusivamente en ser una fundación para el trabajo social, no logra impactar el alma de la comunidad a la que está sirviendo. Pero el mensaje de Cristo proclamado a la sociedad sí genera cambios sociales y culturales. ¿Se da cuenta?

No me mal interprete. La Iglesia debe trabajar por adentrarse en la sociedad, pero debe procurar no convertirse en una institución para la *gestión* social, política y cultural, pues lo único que transforma a la humanidad y a todo el entramado social es una predicación fiel del Evangelio de Cristo, nada más.

Pablo lo dijo de esta manera: “porque no me avergüenzo del Evangelio, pues es el poder de Dios para la salvación de todo el que cree; del judío primeramente y también del griego” (Romanos 1.16).

¿Podrían los líderes estar olvidando su tarea de equipar a los miembros de la congregación para el trabajo de la Gran Comisión? ¿Pueden los pastores estar más equipados para el trabajo social que para una predicación bíblica que genere impacto

espiritual, motivando a los miembros a que salgan por todas partes predicando las *Buenas Nuevas de Salvación*?

La respuesta es contundente: sí, lo están olvidando.

Nadie está exento de equivocarse e incurrir en este tipo de enfoque. De hecho, cuando la Palabra dice en Hechos 6.2 que no era bueno que los apóstoles desatendieran la oración y la predicación de la Palabra para atender a las mesas, era porque existía la tentación de desenfocar el trabajo de liderazgo para atender las necesidades sociales del pueblo.

Sería conveniente evaluar nuestra posición como Iglesia y preguntarnos ¿es la Iglesia de Dios columna y baluarte de la verdad? ¿Es la Iglesia una empresa, un cuerpo político o una institución? O, por el contrario, ¿es un cuerpo vivo, el Cuerpo de Cristo y su esposa?

El liderazgo 3.0, promovido por diversos autores célebres del mundo de los negocios, la política y el marketing, está produciendo líderes que saben mucho del mundo y muy poco de la Gran Comisión. Nuestra meta como siervos de Cristo es adoptar el modelo de liderazgo que Él ha propuesto en su Palabra, para administrar con total temor y reverencia las cosas santas del Dios eterno.

Pablo escribió en 1 de Corintios 3. 10-13: “conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada,

yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará”.

Que nuestras obras sean dignas de toda alabanza para Dios.

Liderazgo primitivo

Cuando escuchamos la palabra “primitivo” pensamos inmediatamente en el mito de la era de las cavernas. Imagina por un momento a este ficticio hombre prehistórico de barba larga que caminaba como un simio, sin capacidad de razonar de manera abstracta y comunicarse fluidamente. Nada más alejado de la realidad, ¿verdad? Quizá por esta razón muchos líderes consideran que la Iglesia “primitiva” está, si me permite usar esta expresión, “pasada de moda”.

Algunos afirman que los avances tecnológicos presentes en la *nueva era* y los desarrollos sociales y antropológicos están muy por encima del tiempo bíblico. Para muchos, los más de 2000 años que han transcurrido desde el nacimiento de Jesús han revolucionado la historia y es menester ajustar la Iglesia según las nuevas perspectivas contemporáneas; perspectivas que desafortunadamente no tienen fundamento en las Escrituras y fueron concebidas en la mente de

personas con poco respeto y celo por las cosas santas. Es tanto el afán de algunos líderes por un enfoque contemporáneo que han incluido en sus doctrinas el pensamiento de personas como Sigmund Froyd, el “padre” del psicoanálisis, o creencias basadas en la antropología social según las teorías de la evolución.

Es lamentable pensar en Cristo como alguien que pasa de moda. Sé que, con dificultad, un cristiano en América Latina decidiría ponerse una túnica judía para salir a la calle, pues el elegante lino ya es fabricado en forma de camisa de botones y pliegues pegados al cuerpo. Pero, a diferencia de la ropa y otros accesorios, lo que nunca pasa de moda son los principios bíblicos y la doctrina de nuestro poderoso Señor Jesucristo. Él lo confirmó cuando dijo que: “el cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán (Mateo 24.35).

De hecho, Él le dijo al Padre, mientras oraba por sus discípulos, “santifícalos en tu verdad; tu Palabra es verdad” (Juan 17.17).

De modo que, la Palabra de Dios no sólo es autoritativa, infalible, sino que también es eterna, no pasa de moda. No hay error en ella, no morirá nunca en el tiempo, no pasará de moda.

Si es así, los líderes y pastores deben meditar en ella para descubrir cuál es el plan de Dios para la Iglesia, un plan igualmente infalible, autoritativo, eterno y lleno de poder.

Permítame viajar en el tiempo y retomar tres momentos especiales que registran el modelo de liderazgo a través de la Biblia, esto proveerá un armazón para reafirmar, redirigir y potenciar el trabajo pastoral que se lleva a cabo en la Iglesia local.

Moisés y los 70 hombres formidables

Moisés fue un gran líder en la historia del pueblo de Dios. Fue llamado y escogido por Él para presidir al pueblo de Israel y demostró que el miedo y la duda están por debajo del poder autoritativo de la Palabra de Dios. Era un hombre que no se acobardó cuando debía dirigir, sin embargo, hubo un periodo de su liderazgo en el que estaba a punto de “tirar la toalla”. Era un hombre para todo el pueblo. La Biblia nos indica que, bajo su cuidado, había más de 600 mil varones y sus familias. Moisés tuvo suerte de no morir de un agotamiento mental y físico debido a la extenuante labor.

El modelo de Moisés en sus primeros años de liderazgo era así: trabajaba con un grupo de personas que se encargaban de llevar el arca del pacto, dirigir las batallas, pastorear el ganado, entre otras labores. Él dirigía al pueblo según las necesidades de cada uno. Todos opinaban, todos dirigían, cada uno según sus intereses.

Se podría decir que Moisés trabajaba con un modelo de pirámide invertida, en el cual el líder principal vive en función de las necesidades y caprichos de la congregación, y esto estaba debilitando su vida poco a poco. Sin embargo, una inesperada visita llegó su tienda y recibió ánimo para implementar un sistema de gobierno mucho más eficaz para dirigir a tantas personas. Su suegro Jetro, sacerdote de Medían, le exhortó a que delegara funciones sobre ciertos varones con el objetivo de distribuir las cargas y producir mejores resultados. Tengamos en consideración el siguiente pasaje:

“Viendo el suegro de Moisés todo lo que él hacía con el pueblo, dijo: ¿Qué es esto que haces tú con el pueblo? ¿Por qué te sientas tú solo, y todo el pueblo está delante de ti desde la mañana hasta la tarde? Y Moisés respondió a su suegro: Porque el pueblo viene a mí para consultar a Dios. Cuando tienen asuntos, vienen a mí; y yo juzgo entre el uno y el otro, y declaro las ordenanzas de Dios y sus leyes” (Éxodo 18.14-16).

Aquí vemos el modelo mosáico para el liderazgo del pueblo de Israel. Él era semejante a un sumo sacerdote y todo el pueblo era dirigido según sus ordenanzas. Esto, por supuesto, lo llevó hasta el cansancio e inevitablemente no permitió que todos fueran *pastoreados* y aconsejados como se esperaba. Veamos la respuesta de Jetro:

“Entonces el suegro de Moisés le dijo: No está bien lo que haces. Desfallecerás del todo, tú, y también este pueblo que está contigo; porque el trabajo es demasiado pesado para ti; no podrás hacerlo tú solo” (Éxodo 18.17-18).

Jetro fue contundente y firme: “no está bien lo que haces”, le dijo a Moisés. No estaba bien porque no habría Moisés por mucho tiempo si continuaba así. Pero es interesante la siguiente declaración: “y también *desfallecerá* este pueblo que está contigo”.

El pueblo de Dios es perjudicado directamente cuando no se cuenta con un modelo bíblico para el liderazgo de la Iglesia. Cuando se administra a la Iglesia de formas diferentes a lo establecido por Dios, el resultado es un pastor cansado y una Iglesia desatendida.

Mi deseo es que comprenda que Dios no hace nada sin propósito, de hecho, cuando cumplimos con los mandatos bíblicos, Él nos promete paz y descanso para nuestras aflicciones (compare con Mateo 11.28). El método de Dios da resultados y aliviana las cargas. Observe, por ejemplo, lo que sucedía con los judíos del tiempo de Jesús, estaban cansados de cumplir las leyes y normas de los escribas y fariseos y por eso Él les dijo: “vengan a mí y descansen”.

Del mismo modo, Dios le proveyó a Moisés un alivio para sus cargas a través del consejo de su suegro. Veamos:

“Oye ahora mi voz; yo te aconsejaré, y Dios estará contigo. Está tú por el pueblo delante de Dios, y somete tú los asuntos a Dios. Y enseña a ellos las ordenanzas y las leyes, y muéstrales el camino por donde deben andar, y lo que han de hacer. Además, escoge tú de entre todo el pueblo varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia; y ponlos sobre el pueblo por jefes de millares, de centenas, de cincuenta y de diez. Ellos juzgarán al pueblo en todo tiempo; y todo asunto grave lo traerán a ti, y ellos juzgarán todo asunto pequeño. Así aliviarás la carga de sobre ti, y la llevarán ellos contigo. Si esto hicieres, y Dios te lo mandare, tú podrás sostenerte, y también todo este pueblo irá en paz a su lugar” (Éxodo 18.19-23).

El increíble plan del suegro comienza diciendo: “Oye ahora mi voz; yo te aconsejaré, y Dios estará contigo”. Es una tremenda declaración. Es una frase que hace juego perfecto con Proverbios 11.14: “donde no hay buen consejo, el pueblo cae, pero en la abundancia de consejeros está la victoria”.

El suegro le recomienda a Moisés dedicarse a las cosas de Dios para ser lleno de su sabiduría y poder, de su gracia y misericordia, para que instruyera al pueblo en toda ordenanza y ley. Pero también le aconseja escoger de entre todo el pueblo un número específico de varones.

Es importante ver qué clase de varones eran, observe: “varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia”. El punto es que no todos eran aptos para semejante tarea. Debían ser virtuosos, es decir, de buenos principios éticos y morales, además, temerosos de Dios, llenos de la verdad y que no codiciaran ganancias deshonestas ni hicieran el trabajo por un beneficio a cambio (compare con 1 Timoteo 3. 1-13).

Si usted continúa leyendo, se dará cuenta que Moisés escogió de entre todos los hombres del pueblo a 70 ancianos, no por su apariencia física, su vestimenta o posición social, sino porque Dios le había dado a Moisés la sabiduría para reconocer en ellos los rasgos del liderazgo fuerte; sólo a ellos Moisés les dio autoridad para dirigir, *junto con* él, al pueblo de Israel. Todos los asuntos eran dirigidos por ellos y tenían autoridad para presidir la congregación. Desobedecer a estos ancianos era desobedecer a Moisés y por tanto a Dios.

De esta manera, dicho modelo se convirtió en un principio de liderazgo para el pueblo, tanto así que en Números 11.16 Dios reconoce a estos hombres como los *ancianos* del pueblo: “entonces el Señor dijo a Moisés: reúname a setenta hombres de los ancianos de Israel, a quienes tú conozcas como los ancianos del pueblo y a sus oficiales, y tráelos a la tienda de reunión y que permanezcan allí contigo”.

Así continuó hasta los tiempos de Jesús con el sanedrín y, posteriormente, fue retomado por los apóstoles durante la formación de la primera Iglesia cristiana, en época del imperio Romano.

Jesús y el legado de los doce

Doce hombres son mejor que uno. Esto es indiscutible. De allí que el legado de los doce discípulos se convirtiera en un modelo bíblico para la Iglesia naciente. Fue a ellos a quienes Dios escogió para aprender de Jesús los misterios de la fe y, con base en ello, dirigir a la Iglesia de Cristo en Jerusalén y expandirla hasta los confines de la tierra.

Mateo, el escritor del primer evangelio del Nuevo Testamento, nos relata el momento en el que Jesús dotó de autoridad a los doce discípulos: “entonces, llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia. Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano; Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano; Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo el publicano, Jacobo hijo de Alfeo, Lebeo, por sobrenombre Tadeo, Simón el cananista, y Judas Iscariote, el que también le entregó” (Mateo 10.1-4).

Podría decirse que ellos estaban siendo preparados para ser los ancianos de la futura Iglesia de Jerusalén. Esto, obviamente, no quiere decir que ellos fueran los ancianos de Jesucristo. No debe entenderse la palabra anciano igual a apóstol. El anciano es uno que cuida, el apóstol es uno que ha sido enviado con una misión evangelística.

Pero, independientemente de cómo es que varios de los apóstoles se convertirían en los ancianos de la Iglesia de Jerusalén, lo cierto es que Jesús no podía liderar los asuntos del Reino en la tierra con los saduceos y los fariseos, pues dichos ancianos no estaban dispuestos a aceptarlo como su Señor y Salvador. De hecho, Jesús les dijo en cierta ocasión: “vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis hacer los deseos de vuestro padre” (Juan 8.44). Jesús no podía plantar la verdad en la tierra teniendo un liderazgo que vivía en el error. Debía, por tanto, preparar discípulos que fueran los encargados de llevar la verdad del Evangelio por todo el mundo. Observe la manera en que Jesucristo logró hacerlo:

“Pero cuando Él, el Espíritu de verdad, venga, os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga, y os hará saber lo que habrá de venir” (Juan 16.13).

Sólo después de ese acontecimiento sobrenatural, que ocurrió en Pentecostés, estos

hombres comunes y corrientes tuvieron el manto divino con el cual pudieron difundir la verdad a todo pueblo, lengua, tribu y nación. Por supuesto que llevar la verdad por todo el mundo no hubiera sido un problema para Jesús, Él hubiera podido hacerlo sólo, pero la muerte en la cruz, para la redención de los escogidos, era un objetivo apremiante y debía comisionar a un equipo de discípulos que proclamara la verdad y liderara la Iglesia primitiva, la Iglesia invisible, la Iglesia eterna y gloriosa que jamás perecerá.

Ahora, permítame mostrarle el modelo de los ancianos para el liderazgo de la congregación, promovido por los doce apóstoles, una vez constituida la primera Iglesia.

La iglesia como un cuerpo: un llamado al trabajo en equipo

Antes de discutir sobre cómo los apóstoles implementaron el modelo de los ancianos en la Iglesia primitiva, es importante entender qué significa la Iglesia como un *cuerpo*.

Se ha dicho ya que la Iglesia está muy lejos de ser una empresa, un organismo político o una fundación. Entonces, ¿cuál es la mejor forma de entender la estructura de la Iglesia? ¿Qué principios

bíblicos muestran mejor el modelo de liderazgo que debería tener la congregación?

La Biblia menciona al menos cuatro metáforas para definir a la Iglesia: es un cuerpo vivo (Romanos 12.4-5; 1 Corintios 12.12), es la Esposa de Cristo (Efesios 5.25-27, compare con Mateo 25.1-13), es la casa de Dios (1 Timoteo 3.15) y es la Grey del Señor (Hechos 20.28, 1 Pedro 5.2-3 compare con Ezequiel 34.7-16). Permítame centrarme en la primera metáfora y definir así el propósito del liderazgo según este principio.

Cuando decimos que la Iglesia de Cristo es un cuerpo vivo, estamos diciendo que es un organismo compuesto por diversos miembros que trabajan en interdependencia. Tanto las manos necesitan de los pies, como los ojos de la audición y así sucesivamente. Todos necesitan de todos y cada uno depende del buen funcionamiento de los demás. En 1 Corintios 12, Pablo nos muestra un cuadro de la importancia del trabajo en equipo, en el que cada miembro tiene una función específica:

“Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como Él

quiso. Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?” (1 Corintios 12.15.19).

El punto en esta discusión es que la Iglesia de Corinto estaba enfrascándose en una disputa por el liderazgo. Cada uno buscaba una posición específica desde la cual pudiera sacar provecho. Algunos anhelaban los dones de liderazgo de los apóstoles, otros deseaban el don de liderazgo de los ancianos y maestros, y pocos consideraban la importancia de los miembros más pequeños, como puede notarse en el versículo 22 y 23 del mismo capítulo. Sin embargo, como comenta Matthew Henry: “la diversidad de miembros en el cuerpo no es cosa accidental, sino que pertenece a la esencia misma del organismo, que requiere la pluralidad de miembros, lo mismo que la diversidad de las funciones orgánicas”.²

Es lamentable que muchas Iglesias contemporáneas no distinguan la pluralidad de miembros y la diversidad de funciones. Olvidan que “si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?” (vs. 19). No imagino a la Iglesia como un grupo de piernas repartidas por todas partes o un grupo de ojos esparcidos por cada rincón. La Iglesia está llamada a ser un sólo cuerpo en funciones y liderazgo. Matthew Henry nos aclara esta discusión al decir que: “la mutua necesidad de miembros de

² Matthew, 1999, p. 1.626.

parecida categoría es tan obvia que no resulta difícil reconocerla. El ojo del supervisor u *opískopos* reconoce fácilmente la necesidad de la mano del diácono, del pie del evangelista y de la oreja del anciano consejero, pero es más difícil ver la necesidad que se tiene de miembros débiles y menos decorosos (vs. 22, 23): los pobres, los que desconocen la maraña de exégesis y de la teología, etc. Pero estos hermanos resultan, a veces, más necesarios que los exégetas. Cuando se desgastan las paredes de la capilla, por ejemplo, la aportación del hermano decorador es más urgente que la del maestro de la Escuela Dominical”.³

Sólo imagine al cuerpo humano por un momento. ¡Es un organismo perfecto! Todo el sistema óseo es asombroso, pues sostiene los 650 músculos del cuerpo. Contamos con un sistema nervioso formidable con el cual podemos desarrollar todos nuestros sentidos. Somos tan complejos que un entendimiento profundo de nosotros mismos les lleva al menos seis años de estudio a los médicos. Y ni hablar del ADN, las células, el sistema respiratorio y el circuito neuronal con el cual nos movemos y pensamos. Somos un cuerpo, sí, pero con diversos mecanismos funcionales.

Es importante notar que, aunque somos un sólo cuerpo, hay cierto orden en la disposición de los

³ *Ibíd.*

miembros. Unos miembros están específicamente ubicados “como Dios quiere” para guiar y presidir todo el resto del cuerpo (1 Corintios 12. 18). Deténgase un momento en este punto y considere conmigo el modelo que los apóstoles establecieron para el cuerpo de Cristo en cada Iglesia local.

Opískopos: llamados a presidir la Iglesia

En Hechos 11.30 se hace la primera mención de los hombres que servían como pastores y obispos (supervisores) de las Iglesias, es decir, un grupo de hombres piadosos que tenían la responsabilidad de dirigir a la congregación.

El contexto en el que se describe a los ancianos en este pasaje apunta a que algunos profetas de Jerusalén habían predicho que habría una gran hambre en aquel tiempo, por lo cual algunos discípulos enviaron socorro y alimentos a los hermanos que vivían en Judea. Este sustento fue enviado a los ancianos por manos de Bernabé y de Pablo. Note dos cosas: primero, la palabra *ancianos* está en plural y segundo, para ese momento se habían instituido pastores en dicha región.

Ahora, quiero poner sobre la mesa algunos pasajes que muestran el papel de los ancianos en el libro de los Hechos.

“Y llegados a Jerusalén, fueron recibidos por la Iglesia y los apóstoles y los ancianos, y refirieron todas las cosas que Dios había hecho con ellos. Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: Es necesario circuncidarlos, y mandarles que guarden la ley de Moisés. Y se reunieron los apóstoles y los ancianos para conocer de este asunto” (Hechos 15.4-6).

Aquí hay una clara distinción entre el oficio apostólico, el oficio de los ancianos y el papel de la Iglesia. Como puede notar en el versículo 6, cuando se iban a determinar los asuntos importantes, se reunieron los apóstoles y los ancianos para conocer esos asunto.

“Entonces pareció bien a los apóstoles y a los ancianos, con toda la Iglesia, elegir de entre ellos varones y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé: a Judas que tenía por sobrenombre Barsabás, y a Silas, varones principales entre los hermanos; y escribir por conducto de ellos: Los apóstoles y los ancianos y los hermanos, a los hermanos de entre los gentiles que están en Antioquía, en Siria y en Cilicia, salud” (Hechos 15.22-23).

La elección de los varones que iban a ser enviados fue liderada por los apóstoles y ancianos, pero debía tener el visto bueno de la Iglesia. El papel de los ancianos era observar detalladamente el perfil de aquellos que desean servir como líderes, pero era

deber de la Iglesia orar y ayunar para determinar si estas personas eran las que Dios llamó al ministerio. Veamos otro pasaje.

“Y al pasar por las ciudades, les entregaban las ordenanzas que habían acordado los apóstoles y los ancianos que estaban en Jerusalén, para que las guardasen” (Hechos 16.4).

En esta cita se nos confirma que las ordenanzas para la Iglesia son acordadas por los ancianos y los apóstoles. ¡Pero cuidado! Hoy tenemos las ordenanzas en la Biblia, pues la revelación escrita cesó con el libro de Apocalipsis (vea Ap. 22. 18-19). Nadie puede poner otro fundamento que no sea Cristo y que no esté basado en la doctrina de los apóstoles y los profetas (1 Corintios 3.10-11; Efesios 2.20). El trabajo de los ancianos es velar por que la sana doctrina sea aplicada en la congregación.

“Y al día siguiente, Pablo entró con nosotros a ver a Jacobo, y se hallaban reunidos todos los ancianos” (Hechos 21.18).

Esta es la última mención de los ancianos en el libro de los Hechos. Aquí se menciona la importancia de contar con un equipo de ancianos y reunirse con frecuencia para salvaguardar la pureza, observar las ordenanzas, predicar y ejercer la disciplina de la Iglesia.

Como puede ver, el trabajo de los ancianos es vital para el crecimiento y funcionamiento del cuerpo

de Cristo. De allí que Pablo en repetidas ocasiones hablara de la necesidad de establecer ancianos en cada Iglesia plantada.

“Y después de anunciar el Evangelio a aquella ciudad y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios. Y constituyeron ancianos en cada Iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor, en quien habían creído” (Hechos 14.21-23).

A Timoteo y Tito les exhorta a establecer ancianos en la Iglesia a pesar de la fuerte oposición: “los ancianos que gobiernan bien sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar. Contra un anciano no admitas acusación sino con dos o tres testigos. 20A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman. Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, y de sus ángeles escogidos, que guardes estas cosas sin prejuicios, no haciendo nada con parcialidad. No impongas con ligereza las manos a ninguno, ni participes en pecados ajenos. Consérvate puro” (1 Timoteo 5.17, 19-22).

El versículo 21 es terrorífico: “Te encarezco delante de Dios, del Señor Jesucristo, y de sus ángeles escogidos”. En otras palabras: “Te lo pido por tu propia vida, pues has de dar cuenta a Dios por el manejo y liderazgo de su Iglesia”.

Finalmente, Pablo le da una orden divina a Tito, respaldada por el peso de su autoridad como apóstol de Cristo: “por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé” (Tito 1.5).

La Iglesia, el cuerpo vivo de Cristo, está llamada a aplicar los principios de liderazgo que se describen en la Palabra de Dios. Es un mandato divino, encargado del más alto Apóstol y Sacerdote, del Príncipe de los Pastores, Jesucristo.

Capítulo 3

El cuerpo humano y el cuerpo de Cristo

Se habla mucho en los círculos eclesiales sobre el liderazgo vertical, horizontal o piramidal. He tenido la oportunidad de ver el modelo de diversas Iglesias y he concluido que muy pocas comprenden qué significa tener un liderazgo de cierta estructura u otra. Para muchos se ha vuelto un cliché hablar de “modelos estructurales” o “funcionales”, pero desconocen las raíces de dicho enfoque y cómo debe aplicarse al liderazgo.

En este capítulo, estudiaremos los diversos enfoques de liderazgo eclesial y concluiremos con el modelo de liderazgo del cuerpo de Cristo.

La pirámide apostólica: la Iglesia y el ungido de Dios

Quiero empezar con tres citas bíblicas: “Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el

Cristo; y a muchos engañarán” (Mateo 24.5). “Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal” (Filipenses 3.18-19). “Porque hay aún muchos contumaces, habladores de vanidades y engañadores, mayormente los de la circuncisión, a los cuales es preciso tapar la boca; que trastornan casas enteras, enseñando por ganancia deshonesta lo que no conviene” (Tito 1.10-11).

Durante muchos años han existido los engañadores en la Iglesia. Los falsos profetas. Los lobos rapaces que devoran a las ovejas. Hombres y mujeres cuyo deseo es satisfacer su ego y su orgullo mientras conducen a la congregación al declive espiritual.

Este modelo adopta el principio de liderazgo de diversos periodos de la Biblia. Por ejemplo, se hacen llamar así mismos los apóstoles de Jesucristo y aplican a su propia vida el modelo de liderazgo de Saúl, “el ungido de Dios”, quien fuera el primer rey de Israel. Usan la sagrada Palabra según sus gustos y preferencias. Hacen a un lado lo que no les conviene y tergiversan las enseñanzas para su propio beneficio, consciente o inconscientemente.

Permítame mostrarle el modelo de la pirámide apostólica con el siguiente gráfico.

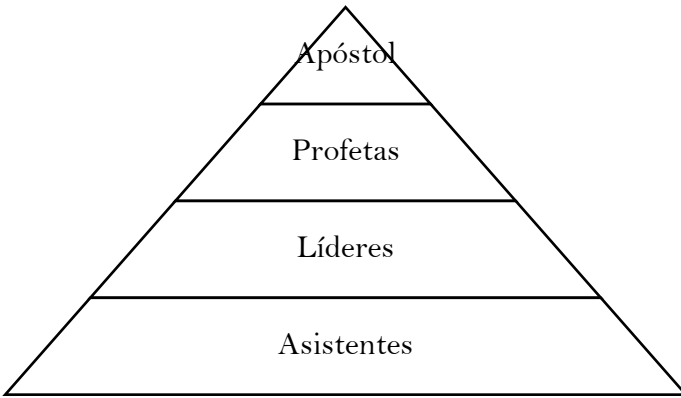


Figura 1. Pirámide apostólica

Pese a esto, existen congregaciones que, aunque no usan el término apóstol, trabajan con un solo líder y en muchos casos sus familiares más cercanos, quienes dirigen a la congregación según sus preferencias.

¿Es sano que en una congregación haya un sólo pastor que dirija a toda la Iglesia, basado en un modelo de máxima autoridad? La respuesta es que no. No es sano ni bíblico.

Otro error recurrente en este modelo es que muchos pastores se atribuyen toda autoridad para la toma de decisiones en la congregación, aunque aseguran que sus disposiciones están sujetas a la aprobación congregacional. Esta inconsistencia se produce cuando un pastor asegura que su modelo de

liderazgo es horizontal, es decir, en donde todos los miembros tienen la oportunidad de participar en el crecimiento y conducción de la congregación, pero en la práctica no tiene en cuenta los intereses de los demás.

La pirámide invertida: la Iglesia y el esclavo del pueblo

Existe otro modelo totalmente contrario a la pirámide apostólica. En este enfoque, el pastor es el que debe encargarse de todas las visitas, las consejerías, las predicaciones, el evangelismo, las capacitaciones y las misiones de la Iglesia. Y, como consecuencia, acaba como Moisés antes de elegir a los 70 ancianos.

En este modelo, tanto el pastor como la Iglesia incurren en un error. El pastor falla porque no hace un esfuerzo por enseñar a la Iglesia cuál es el modelo de liderazgo bíblico que debe aplicarse; por esta razón, con el tiempo muchos ministros dejan a un lado el ministerio para encargarse de otros asuntos. En cuanto a la Iglesia, tiene errores porque se aprovecha de la situación para exigir al líder que haga toda la obra y se encargue de cada asunto por él mismo, pues finalmente: “para eso se le paga un salario”.

Estas congregaciones sufren el desgaste de su pastor y el desánimo colectivo. Pronto cierran sus puertas o experimentan cambios constantes en el liderazgo pastoral. Al final, el cuadro de aquellos pastores que pierden el enfoque bíblico del ministerio es más o menos así: “pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina” (Mateo 7.26-27).

Resulta desconcertante ver Iglesias explotar a sus ministros. Y resulta desesperanzador ver ministros desistir del ministerio por no estudiar y aplicar el liderazgo enfocado en los ancianos.

La pirámide invertida es muy sencilla: la Iglesia está por encima del pastor, aunque el pastor afirme estar en una posición de autoridad. A su vez, la Biblia es la última en ser consultada cuando de tomar decisiones de fondo se trata. Veamos.

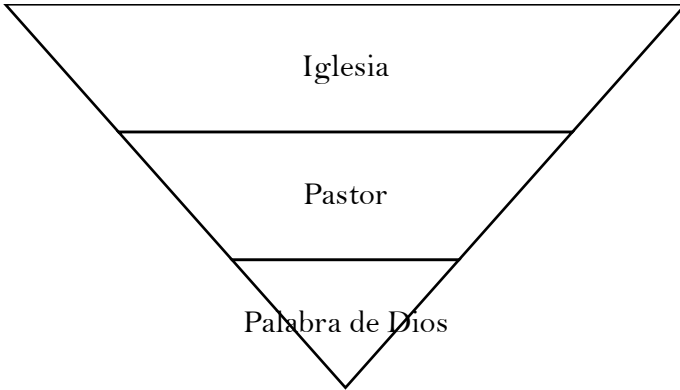


Figura 2. La pirámide invertida.

A este modelo se le considera, en ocasiones, horizontal, sin embargo, difiere mucho de lo que las Escrituras enseñan. Primero porque la Palabra escrita de Dios es la última que se tiene en cuenta para tomar decisiones. Y segundo porque, como se ha dicho en el capítulo 2, el cuerpo de Cristo no funciona de manera horizontal para ejercer autoridad, aunque sí es horizontal en términos de humildad y sujeción.

El cuerpo de Cristo: el modelo bíblico

En el capítulo anterior se dijo que la Iglesia es un *cuerpo* viviente. Ahora, quisiera ilustrarlo usando el siguiente ejemplo:

Es posible que un equipo de fútbol americano tenga de cuarenta a cincuenta hombres en la nómina.

Si todos ellos decidieran ser el mariscal de campo, el equipo carecería en absoluto de unidad y eficacia. La unidad verdadera se da cuando cada miembro del equipo está dispuesto a jugar en la posición específica que le es asignada.

La Iglesia no avanzará muchas millas de distancia si cada miembro no está cumpliendo la función que le fue asignada. El Apóstol Pablo lo explicó al decir: “porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros” (Romanos 12.4-5).

La palabra “función” se traduce *praxis* en el griego, que tiene el significado básico de “hacer algo concreto”, es decir, un acto. John MacArthur hace una anotación importante a este respecto:

“La mayoría de los miembros de la Iglesia no tienen un cargo o título específico, pero todo creyente, desde el más joven hasta el más viejo, y desde el más nuevo hasta el más maduro, cuenta con una capacidad dada por el Espíritu para ministrar al cuerpo de Cristo mediante algún don espiritual. El uso apropiado de ese don es la función que Dios ha ordenado para esa persona dentro de su reino”.⁴

⁴ MacArthur, 2010, pp. 174-175.

Bien sean dones del Espíritu Santo (1 Corintios 12.4, compare con vs. 7-10), ministerios de Jesucristo (1 Corintios 12. 5, compare con Efesios 4.11) u operaciones de Dios (1 Corintios 12.6, compare con Romanos 12.6-14), lo cierto es que somos un cuerpo con una estructura específica. Vale la pena en este punto conocer cómo es la estructura de un cuerpo para aclarar los mitos de la horizontalidad y la verticalidad en el liderazgo de la Iglesia.

El cuerpo humano no es meramente horizontal, y tampoco completamente vertical. Tiene altura, profundidad y anchura. Cuenta con cinco extremidades que son sostenidas por el tronco, como las piernas, los brazos y la cabeza, y cada extremidad tiene sus músculos y articulaciones.

De allí que Pablo dijera: “pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo” (1 Corintios 11.3) y “Cristo es cabeza de la Iglesia, la cual es su cuerpo, y Él es su Salvador” (Efesios 5.23).

Es importante reconocer que el Padre es la cabeza del Hijo y que este último no hace nada que el Padre no haya determinado (Juan 5.19; 12.49). La sujeción a Cristo, por tanto, es sujeción al Padre. No debemos pensar, sin embargo, que Cristo es inferior en deidad a las otras dos personas de la trinidad. La trinidad es completamente divina e igual en atributos, sin embargo, estos tres difieren en roles.

Esto debe animarnos para establecer con total reverencia el gobierno del Reino de los Cielos aquí en la Tierra (vea Hebreos 13.17).

Tengo respeto por la Palabra de Dios y debo decir que no soy digno de clasificar y describir cómo debería ser la estructura de su Iglesia. Sin embargo, me animaré a plantear un esquema funcional que puede ser de ayuda.



Figura 3. Estructura de gobierno funcional para la Iglesia.

En este modelo prevalece Dios y su Palabra y la doctrina de Jesucristo sobre toda la Iglesia. También persiste el trabajo de los ancianos, en cuyo equipo existe un líder representativo (actualmente considerado el pastor principal). Bajo el liderazgo y dirección de los ancianos se encuentran los (as) diáconos (as), es decir, los (as) servidores (as) que apoyan el trabajo ministerial de la Iglesia y,

finalmente, la congregación, quien es sostenida y abrazada por el trabajo de cada ministerio.

Como puede ver, no se trata de un trabajo jerarquizado en el cual el pastor sea mayor o menor que los demás y mucho menos lidera sólo, ni un liderazgo en donde la congregación toma decisiones sin el consentimiento de los ancianos, por el contrario, es una comunidad que ha encontrado el balance ideal entre trabajo duro y liderazgo humilde.

Rick y Eunice Johnson, en su libro *Lágrimas en el camino de Mileto*, abordan el tema de la responsabilidad de los ancianos ante Dios al decir:

“Las congregaciones que tienen este modelo de gobierno [modelo del presbiterio], en su mayoría practican la autonomía. Cada congregación es responsable directamente ante Dios y toma sus propias decisiones en cuanto a su dirección, gastos, visiones, asuntos internos y vida. En este sentido, el gobierno congregacional está más apegado al modelo bíblico.”⁵

Como vemos, la Iglesia está llamada a rendir cuentas a Dios de todo el funcionamiento bíblico-estratégico que se ejecuta.

Habiendo hablado sobre la responsabilidad de la congregación ante Dios, es preciso hablar de la responsabilidad de los ancianos con respecto al

⁵ Johnson, 2013, pp. 74-75.

liderazgo de la Iglesia. Rick Y Eunice Johnson dan pistas sobre este asunto:

“Entre las Iglesias congregacionales, hay algunas que viven más apegadas a los principios bíblicos que otras. Algunas asambleas mantienen un equipo de ancianos donde todos comparten el liderazgo y las responsabilidades sin distinción de rangos entre los hermanos. Pero hay muchas más que en ese punto se han alejado lejos de las normas bíblicas nombrando a un ministro quien está sobre todos los demás en una categoría superior. No ignoramos la realidad de que en la mayoría de los equipos hay, casi siempre, uno o dos hermanos que llevan más peso en muchos asuntos. Sin embargo, ese peso no debe ser dado por nombramientos, título o posición formal, más bien debe ser reconocido por su carácter, testimonio, experiencias, sabiduría, o peso espiritual”.⁶

Nuevamente, el llamado bíblico es a trabajar con un *equipo* que pueda cumplir con la tarea de dirigir, gobernar y administrar la casa de Dios, el cuerpo de Cristo. Cuando las Iglesias y las denominaciones se preguntan cómo pueden producir desarrollo ministerial, deberían tener en cuenta el principio de gobierno presentado en la Palabra, lo cual les traerá buenos frutos.

⁶ *Ibíd.*, pp. 74-75.

El salmista estaba en lo correcto cuando afirmó que: “Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela la guardia” (Salmos 127.1).

Una perspectiva contemporánea

Creo necesario poner un poco más de atención no sólo a las diferencias que distinguen a las Iglesias, sino también a la forma en que se racionalizan los principios de la Palabra. Esto puede darnos pistas para entender por qué ciertas congregaciones se mantienen ligadas a patrones no bíblicos. Quisiera categorizar a las Iglesias que tienen gobierno congregacional en tres grupos, junto con Rick y Eunice.

Primero, tenemos Iglesias que intencional y estratégicamente buscan conformarse al modelo bíblico y buscan facilitar la función de cada miembro de sus asambleas, incluyendo a los hermanos aptos para el ministerio de dirigente o sobreveedor. “Son congregaciones que no toman una postura defensiva ante un desafío o cuestionamiento relacionado a la función o forma de la Iglesia, puesto que están activamente buscando cómo vivir de acuerdo al plan del Señor de la Iglesia. Están abiertas, siempre

aprendiendo, sirviendo e involucrando a cada miembro en el funcionamiento de la asamblea”.⁷

Sin embargo, algunos miembros, aunque están firmes en lo que la Palabra enseña, se ven confundidos al ver que pocas Iglesias alrededor ponen en alto estos principios. Existen denominaciones que han practicado tanto tiempo otros principios que se han convertido en doctrinas denominacionales. Veamos el segundo grupo.

“Segundo, son las Iglesias que funcionan con un gobierno congregacional, mas no siguen un modelo de pluralidad en su estructura de liderazgo, aunque afirman lo contrario. Aunque haya hermanos con todo el deseo y las cualidades requeridas para servir en el liderazgo, la estructura de las Iglesias no les permite funcionar como dirigentes. En estas congregaciones hay una gran variación en sus prácticas específicas (...) Es muy común que en estas congregaciones haya posiciones o títulos tomados del Nuevo Testamento, que les puede hacer sentir que tienen forma neotestamentaria. Sin embargo, cuando uno ve la función real de los hermanos con estos títulos o posiciones, es obvio que su ministerio es algo distinto de lo que vemos en la Palabra”.⁸

Estas son congregaciones que tienen la estructura formada, pero no ajustan su liderazgo a

⁷ *Ibíd.*

⁸ *Ibíd.*, pp. 79-80.

dicho modelo. Son como un edificio con todos los muros, puertas y habitaciones; presentan una buena fachada, pero los habitantes están afuera del edificio mientras cada rincón de la estructura permanece vacío. Este grupo debería ocupar las habitaciones del departamento y prender las luces del edificio. Ahora bien, tampoco se trata de ocupar una posición, sino de ejercer la labor bíblicamente (para una discusión sobre el rol del anciano en la Iglesia, vea en el capítulo 4: ¿Cuál es el rol del anciano?).

Tercero, están las Iglesias que funcionan con un gobierno congregacional, pero debido a su trasfondo, tradiciones, falta de buen liderazgo y el estancamiento espiritual de la Iglesia, a veces no hay vida entre los hermanos para considerar que algo no está bien. “Hay asambleas tan intoxicadas con la religiosidad que no se dan cuenta que las cosas son solamente un ritual inútil. Debemos sentir misericordia y lástima por estos grupos, pues tienen todo un gran potencial, pero ni los miembros ni los supuestos líderes han considerado tal posibilidad. Todo gira alrededor del culto, ser fieles a asistir a las reuniones, y de ofrendar (y diezmar). Se interesan y se preocupan porque ven que la Iglesia puede morir, o que pueden perder a su pastor y quedarse solos. Estas Iglesias típicamente no están a la defensiva en

cuanto a sus formas y función espiritual, puesto que hay muy poca forma y función que defender”.⁹

Y añade: “ellos tienen una forma y función para su Iglesia sumamente definida, pero la forma está ligada a las tradiciones, y la función es para suplir las necesidades sociales del grupo. No tienen que tratar, ni luchar, con el aspecto y propósito espiritual, pues no lo hay”.¹⁰

Seguramente su congregación se encuentre en alguno de estos tres grupos. Lo importante es que, sea cual sea la clasificación que pueda darle, es necesario trabajar por preservar el modelo bíblico y discutir estos asuntos como un cuerpo. Sería un grave error si la Iglesia contemporánea no se detiene a pensar cómo está su funcionamiento, pues allí empieza el éxito o la ruina de todo liderazgo eclesial.

Estos ejemplos tienen el fin de ayudarnos a entender las diferencias fundamentales entre los modelos de liderazgo en las Iglesias. Nos pueden ayudar a separar lo importante de lo insignificante. También nos pueden ayudar a ser más sabios para discernir si nuestras Iglesias están apreciando, valorando y facilitando el uso y desarrollo de los dones de todos los hermanos o si toda la Iglesia está girando alrededor de un hermano y sus dones como líder.

⁹ *Ibíd.*, p. 82.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 83.

Una vez analizada la estructura y función de la Iglesia, pasemos a definir qué es un anciano, un obispo y un pastor.

¿Anciano, obispo o pastor?

Quisiera iniciar este capítulo con una formidable reflexión de John MacArthur, en el libro *El plan del Señor para la Iglesia*.

«El correcto entendimiento del gobierno bíblico de los ancianos fortalece a la Iglesia, y la norma bíblica para el liderazgo de la Iglesia en la pluralidad de los ancianos ordenados por Dios. Además, es el único modelo para el liderazgo de la Iglesia que nos da el Nuevo Testamento. En ninguna parte de las Escrituras encontramos una asamblea local que se gobierna por opinión de la mayoría o por un pastor.

»Bajo el Plan que Dios ha establecido para su Iglesia, el liderazgo es una posición de servicio humilde y amoroso. Los que van a dirigir al pueblo de Dios deben ser un ejemplo de pureza y sacrificio, diligencia y devoción. Y con la tremenda responsabilidad inherente en dirigir el rebaño de Dios viene aparejada la posibilidad de gran bendición

o gran juicio. Los buenos líderes son doblemente bendecidos; los malos líderes son doblemente reprendidos: “porque a todo aquel a quien se le ha dado mucho, mucho se le demandará” (Lucas 12.48). Santiago 3.1 dice: “Hermanos míos, no os hagáis muchos maestros de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación”.

»Básicamente el centro de todo el liderazgo de la Iglesia es el anciano. Los ancianos son los que están encargados de la enseñanza, de la nutrición y de la protección de la Iglesia, y son los ancianos los que son responsables ante Dios en nombre de la Iglesia. Sin embargo, al reunirme con ancianos y pastores de todas partes del país, encuentro que no muchos entienden la gravedad ni la potencialidad de su papel. Al estar inseguros de su función o de su relación con el cuerpo, quedan muy limitados en su capacidad para ministrar eficazmente».¹¹

Pablo expresó este pensamiento a Tito diciéndole: “por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé” (Tito 1.5). Con eso en mente, permítame sugerir nueve preguntas clave, cuyas respuestas son fundamentales para la comprensión bíblica del ministerio de los ancianos. No pretendo ser exhaustivo en las respuestas, pero

¹¹ MacArthur, 1991, p. 189.

intentaré que sean útiles para la implementación de estos principios en su Iglesia local.

¿Cómo se usa el término anciano con relación a la Iglesia?

Para los judíos no era extraño escuchar la palabra “ancianos”, como parece serlo en nuestro contexto, especialmente en América Latina, en donde muy poca importancia damos a los hombres y mujeres de edad. Para los judíos era muy natural adoptar el concepto del gobierno de los ancianos en la Iglesia naciente.

Este término era el único que estaba libre de toda connotación sacerdotal en el periodo neotestamentario. Era un concepto que no se atribuía a los fariseos y escribas, y que no tenía que ver con el sacerdocio del pueblo de Israel. Esto es significativo porque en la Iglesia de Cristo no existe un rey o sacerdote principal. La Iglesia no tiene un sacerdocio específico porque todos los creyentes son sacerdotes en Cristo Jesús. Por esta razón, el concepto judío de anciano es el que mejor encaja en la clase de liderazgo ordenado para la Iglesia.

El pastor MacArthur explica que “los ancianos de Israel eran hombres maduros. Eran cabezas de familias (Éxodo 12.21); poseedores de un carácter

moral fuerte; temerosos de Dios y amantes de la verdad y la integridad (Éxodo 18.20-21); llenos del Espíritu Santo (Números 11.16-17); hombres de sabiduría, discernimiento y experiencia; hombres imparciales y valientes con los que se podía contar para interceder, enseñar y juzgar con justicia y equidad (Deuteronomio 1.13-17). Todas estas características están involucradas en la interpretación judía del término *presbuteros*. El uso de este término para describir a los líderes de la Iglesia hace hincapié en la madurez de su experiencia espiritual, como se ve en la fortaleza y estabilidad de su carácter moral”.¹²

Es por esto que fue y sigue siendo importante que sean ellos los dirigentes de la congregación, pues al confiar el liderazgo de la Iglesia a miembros con poca madurez doctrinal y carácter espiritual, puede descuidarse la función específica de la congregación y el correcto direccionamiento de la misma.

¿Cómo se relaciona el anciano con el obispo y el pastor?

La verdad acerca de estos tres conceptos es que, en términos bíblicos, todos son sinónimos que

¹² MacArthur, 1991, p. 192.

representan una cualidad específica de la misma persona.

No hay diferencias en términos, solamente en la forma en la que se ejercen en la misma persona. El término griego para obispo es *opískopos*, de la cual viene el nombre de la Iglesia episcopal. La palabra griega para pastor es *poimen*, la cual literalmente significa “hombre del rebaño”. Y la palabra anciano se traduce *presbuteros*, de la cual tenemos el término presbiterio, que viene a representar en algunas Iglesias una asamblea de pastores o ancianos.

La evidencia textual indica que estos tres términos se refieren a la misma posición. Usted puede observar que los requisitos que se usan en 1 Timoteo 3.1-7 para los obispos son paralelos o iguales a los requisitos que se usan en Tito 1.5-7 para los ancianos.

En primera de Pedro 1.5-2, se usan los tres términos juntos para describir la labor de un mismo siervo. “Ruego a los ancianos (*presbuteros*) que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad (*poimainō*) la Grey de Dios que está entre vosotros, cuidando (*episkopeō*) de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto” (1 Pedro 5.1-2).

En Hechos 20 también se emplean los tres términos de forma intercambiable. En el versículo 17, Pablo reúne a todos los ancianos para darles un mensaje de despedida. En el versículo 28 les dice: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos (*epískopos*), para apacentar (*poimainō*) la Iglesia del Señor, la cual Él ganó por su propia sangre” (Hechos 20.28).

De modo que el obispo, anciano y pastor son la misma persona. Tal vez se preguntará: ¿cuál es la diferencia entonces? La diferencia está en las funciones que desempeña en momentos específicos.

La palabra obispo significa “sobreveedor” o “guardián”. También se refiere a “superintendente” y “supervisor”. En la cultura griega, el término se usaba para describir a alguien que estaba a cargo de un pueblo o provincia y que debía dar cuenta al emperador. En el Nuevo Testamento, el obispo es el dirigente, es el responsable de guiar, liderar y proveer la protección general del rebaño (Hechos 20.28). No hay ninguna diferencia entre el obispo y el anciano. *Epískopos* recalca la función del ministro, mientras que *presbuteros* recalca su carácter.

Poimen, la palabra para pastor, se usa un buen número de veces en el Nuevo Testamento. Es la palabra más común en la actualidad. No estamos familiarizados con ver al pastor de la Iglesia como un

anciano, a no ser, por supuesto, porque sea canoso y se vislumbren sus entradas en la cabeza. Y, aun así, aunque digamos “anciano” al pastor, este podría sentir que están confundiendo su labor. La realidad es que, si el pastor contemporáneo no se identifica así mismo como un anciano o un obispo, aunque considere que son términos anticuados o que denotan una función diferente, es porque dicho pastor no comprende los significados de cada término y su estrecha relación.

En Efesios 4.11 se habla del ministerio del pastor y se utiliza junto a la palabra maestro. En este caso específico, la construcción griega indica que los términos van juntos: pastor-maestro, lo cual está relacionado con el ministerio de la enseñanza de esta persona. Aquí se recalca el papel pastoral de cuidar y alimentar, por lo que el término se relaciona íntimamente con el carácter de un pastor.

¿Cuál es el papel de un anciano?

La responsabilidad primordial de un anciano es cuidar a la Iglesia de Dios. En 1 Timoteo 3.1, Pablo escribió: “si alguno anhela obispado, buena obra desea”. *Epískopos*, como hemos visto ya, se refiere a sobreveedor y en el versículo 5 del mismo capítulo se nos dice que estas personas deben “cuidar la casa de

Dios”. La implicación aquí es que la responsabilidad primaria de un obispo es la de ser guardián y protector de los miembros la Iglesia.

El obispo o anciano debe supervisar los asuntos en la Iglesia local. Observe lo que dice 1 Timoteo 5.17: “Los ancianos que gobiernen bien, sean tenidos por dignos de doble honor”. La palabra griega que se traduce para “gobiernen” se emplea también en 1 Timoteo 3.4-5; 5:12,17, en Tesalonicenses 5.12 (donde se traduce: “y os presiden”), y en Romanos 12.8, donde “gobernar” aparece como un don espiritual (“preside”).

La palabra gobernar literalmente significa “ser el primero”, lo que habla del deber de supervisión general común a todos los ancianos. Sin embargo, aunque los ancianos están llamados a presidir la Iglesia, no están llamados a hacerlo de forma dictatorial, sino a través del ejemplo y la predicación de la sana doctrina (Hebreos 13.7).

Algo importante es que los ancianos no deben funcionar mediante el gobierno de la mayoría o del voto. Es común que la Iglesia desee manejar los asuntos de la congregación conforme les parece que es lo correcto. Sin embargo, los ancianos deben estar tan sumergidos en la Palabra, que al tomar cartas sobre un asunto realmente sea Dios quien da los lineamientos para marchar. Un anciano no debe permitir que otros dirijan por él o escojan por él,

aunque sí debe escuchar a su congregación para no caer en soberbia y autoritarismo (vea Santiago 4.6).

Debido a que ellos son el cuerpo gobernante de la Iglesia, todos los ancianos deben tener la mente de Cristo y deben ser guiados por el Espíritu Santo para que haya unanimidad en las decisiones (1 Corintios 1.10; Efesios 4.3; Filipenses 1.27; 2.2). Si, por ejemplo, se presenta un caso de división en la congregación, todos los ancianos deberían estudiar, orar y buscar juntos la voluntad de Dios para lograr un acuerdo. La unidad y la armonía en la Iglesia comienza aquí, en el equipo de pastores.

Permítame resumir la labor de un anciano en la Iglesia local, tomado de un estudio de las cartas pastorales:

1	<i>Orar</i>	1 Tesalonicenses 1.2-3; 3.9-13
2	<i>Evangelizar</i>	1 Tesalonicenses 1.4-5, 9-10
3	<i>Equipar</i>	1 Tesalonicenses 1.6-8
4	<i>Defender</i>	1 Tesalonicenses 2.1-6
5	<i>Amar</i>	1 Tesalonicenses 2.7-8
6	<i>Laborar</i>	1 Tesalonicenses 2.9
7	<i>Modelar</i>	1 Tesalonicenses 2.10
8	<i>Dirigir</i>	1 Tesalonicenses 2.10-12
9	<i>Alimentar</i>	1 Tesalonicenses 2.13
10	<i>Vigilar</i>	1 Tesalonicenses 3.1-8
11	<i>Advertir</i>	1 Tesalonicenses 4.1-8
12	<i>Enseñar</i>	1 Tesalonicenses 4.9 – 5.12

13	<i>Exhortar</i>	1 Tesalonicenses 5.12-24
14	<i>Animar</i>	2 Tesalonicenses 1.3-12
15	<i>Corregir</i>	2 Tesalonicenses 2.1-12
16	<i>Confrontar</i>	2 Tesalonicenses 3.6, 14
17	<i>Rescatar</i>	2 Tesalonicenses 3.15

Sumado a esto, los ancianos están en la responsabilidad de guardar las ordenanzas, como la cena del Señor y el bautismo, así como determinar el plan de trabajo anual y/o semestral de la congregación.

Rick y Eunice Johnson dicen respecto a las responsabilidades de los dirigentes:

“Ustedes, que son los dirigentes, deben ser los primeros en tomar las riendas en los trabajos más humildes. Ustedes deben ser los primeros en reconocer, animar y estimar a los demás y a su trabajo. Cuando sirvan de esta manera, los demás seguirán este ejemplo y todos verán lo que es un equipo. Su testimonio será una luz para los perdidos y también para las Iglesias institucionales. Pablo, fundador de la Iglesia de Filipos en Macedonia, no sólo mostró una actitud de humildad y equipo con éstos sus hermanos, sino que les instruyó también en lo mismo”.¹³

¹³ Johnson, 2013, p. 292.

Desafortunadamente, esta actitud es ajena a muchos líderes contemporáneos. La humildad parece ser una virtud que se ha sepultado metros bajo tierra. Lo cierto es que el ministerio pastoral es un llamado al servicio humilde y sacrificial, en el cual el ejemplo prima como norma invariable para la edificación del rebaño.

¿Cuáles son los requisitos que deben cumplir los ancianos?

Con frecuencia, los líderes de una congregación son escogidos teniendo en cuenta su antigüedad, los lazos de amistad y consanguinidad, o “porque no hay nadie más a quien escoger”, como afirman algunos pastores. Lo cierto es que, como usted ha podido notar, el trabajo del anciano y su responsabilidad ante Dios son tan grandes que no cualquiera debería (por su propia salud física y espiritual) ocupar este cargo, sin primero estar completamente seguro de que ha sido llamado por Dios.

Algunos creyentes, en repetidas ocasiones, toman los asuntos del Dios eterno con mucho descuido, pero paradójicamente aceptan y respetan los estatutos impuestos por la sociedad, las empresas y la política. Por ejemplo, es indiscutible que cuando una empresa requiere un personal nuevo, estos deben

evaluar si dicho aspirante cumple con los requisitos del cargo. Nosotros simplemente obedecemos estos protocolos y mandamos nuestra hoja de vida con la esperanza de ser hallados aptos para el cargo. Pero así sucede en muchas Iglesia. Algunos ven el liderazgo como una posición sin importancia, en la cual cualquiera puede ocupar un puesto sin tener siquiera un conocimiento básico sobre el cargo que va a desempeñar. El oficio de anciano es solemne, es más, Pablo dice que el que anhela obispado, “buena obra desea”.

Ahora, quiero mostrarle los requisitos para aquellos que anhelan el ministerio pastoral.

“Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea. Pero es necesario que el obispo sea irreprensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar; no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro; que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad, (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la Iglesia de Dios?); no un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo. También es necesario que tenga buen testimonio de los de afuera, para que no caiga en descrédito y en lazo del diablo” (1 Timoteo 3.1-7).

El obispo debe ser irreprochable. Esta es la cualidad más importante y que resume todas las demás. Esta palabra quiere decir: que no puede ser acusado de nada. Un anciano debe ser irreprochable en su vida conyugal, en su vida social, en su vida familiar, en su vida profesional y en su vida espiritual.

Debe ser marido de una sola mujer, lo cual no quiere decir que debe estar casado, sino que, si lo está, debe mostrar pureza sexual y respeto hacia su esposa. Si está soltero, no puede ser un tipo de persona insinuante, es decir, que está detrás del elogio de las jóvenes y mujeres de la congregación.

La palabra sobrio habla de una vida equilibrada y moderada. Prudente habla de la prudencia en el hablar y en el actuar, pero también de la sabiduría con la cual aborda los asuntos de importancia. Decoroso se refiere a que tiene dignidad y goza del respeto de sus compañeros, esto incluye ser respetuoso con otros y tratar a los demás con amabilidad. Hospedador significa que ama a los desconocidos, no quiere decir necesariamente que organiza muchas reuniones o encuentros, sino que no es exclusivista.

Apto para enseñar quiere decir hábil para proclamar la Palabra, lo que amerita un conocimiento de las escrituras y una destreza para predicarla fielmente a la congregación. Además, no debe ser dado al vino, y no pendenciero, es decir, que

no arregla todo con los gritos, los golpes y la ira. Por el contrario, debe ser amable, apacible. Y, finalmente, no debe ser avaro, por el contrario, su carácter debe reflejar que está libre del amor al dinero.

Estas cualidades hablan del carácter personal del pastor, pero se extienden al hogar. El aspirante debe tener hijos bajo amorosa sujeción y dignidad. Los hijos deben mostrar que profesan la fe salvadora, “porque si un hombre no puede gobernar su propia casa, ¿cómo gobernará la casa de Dios?”.

No debe ser un neófito, es decir, un creyente sin experiencia en el liderazgo y menos un recién convertido a la fe. Esto quiere decir que, aquellos que no tienen madurez espiritual sólida, incluso experiencia en el servicio, pueden envanecerse o, por el contrario, errar en la labor de dirigir una congregación. Por último, es necesario que todos puedan ver en esta persona un modelo a seguir. Que cada uno pueda dar fe de su buena conducta, para que el diablo no use acusaciones en contra de su ministerio.

Hay una advertencia muy importante en 1 Timoteo 5.21-22: “te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, y de sus ángeles escogidos, que guardes estas cosas sin prejuicios, no haciendo nada con parcialidad. No impongas con ligereza las manos a ninguno, ni participes en pecados ajenos. Consérvate puro”.

Estos requisitos no son para observarlos y luego prescindir de ellos. Son los requisitos que Dios demanda para aquellos que han sido llamados a ser los ancianos, obispos y pastores de la congregación. La advertencia de Pablo es: no hacer nada con parcialidad ni prejuicios y guardarse de “imponer las manos con ligereza”, es decir, no escoger con prontitud a los que van a ejercer este cargo. Tanto los ancianos que no cumplan con los requisitos deben ser disciplinados, así como debe evaluarse a los nuevos candidatos para determinar si realmente cumplen con los requisitos.

En Tito 1.5-8 se presenta otro cuadro de los requisitos para los ancianos. Estos son repetición de los que encontramos en Timoteo. Observe:

“El que fuere irreprochable, marido de una sola mujer, y tenga hijos creyentes que no estén acusados de disolución ni de rebeldía. Porque es necesario que el obispo sea irreprochable, como administrador de Dios; no soberbio, no iracundo, no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino hospedador, amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, dueño de sí mismo, retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen” (Tito 1.6-9).

A la lista se añade que el obispo no debe ser soberbio, y en este punto caen muchos aspirantes. No

puede ser uno a quien no se pueda enseñar, o alguien a quien el orgullo ha consumido por completo hasta el punto de hacer a un lado la Palabra de Dios y el consejo de sus hermanos.

Debe ser justo y santo (apartado para el Señor), es decir, anhelar las cosas de arriba y buscar la santidad “sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12.14). Además, debe ser dueño de sí mismo, lo cual se refiere a que puede controlar sus emociones y sus impulsos. También es importante que sea retenedor de la Palabra fiel, tal como ha sido enseñada, por lo que debe ser capaz de guardar la sana doctrina y defenderla. Aquellos que no se conforman a la sana doctrina y que no tienen ningún deseo por aplicarla para el beneficio de la congregación, no pueden llegar muy lejos en el liderazgo.

¿Cómo se ordenan a los ancianos?

En el Nuevo Testamento se muestra de manera clara que los ancianos eran apartados o nombrados para su ministerio de forma única. El término que comúnmente se usa en el Nuevo Testamento es “ordenar”. Este concepto implica reconocimiento oficial por el liderazgo de la Iglesia y el anuncio público ante la congregación de que son apartados para un ministerio oficial. No se basa sencillamente

en otorgar una credencial, como un carné o una tarjeta, sino en reconocer el llamado divino de dichos ministros para que ejerzan sus dones hasta que Cristo venga.

En 1 Timoteo 4.14 leemos: “no descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio”. Esa imposición de manos viene del sistema de sacrificios del Antiguo Testamento. Cuando se ofrecía un sacrificio, el oferente ponía sus manos sobre el sacrificio para mostrar identificación. De la misma forma, el ritual de ordenación en el Nuevo Testamento demostraba solidaridad entre los ancianos y aquel sobre el que se imponían las manos. Era una forma visible de decir: “Te recomendamos para el ministerio. Estamos a tu lado, te apoyamos, afirmamos tu derecho a ministrar en una posición de liderazgo en la Iglesia”.

Sin embargo, la congregación también debe entender el grave error que supone elegir a la persona incorrecta. Observe la amonestación de Pablo: “no impongas con ligereza las manos a ninguno, ni participes en pecados ajenos. Consérvate puro” (1 Timoteo 5.22).

Esta no es una recomendación. Pablo no está diciendo: “te recomiendo que no cometas este error, pues puedes estar pecando”, sus palabras son un imperativo: “no impongas”. Hay que tener mucha

seriedad en la declaración de solidaridad. Si usted impone sus manos sobre un hombre que está cometiendo pecados (especialmente aquellos que se describen en 1 Timoteo 3.1-7) o que no cumple con los requisitos declarados en la Palabra y de este modo le ordena para el pastorado, usted está practicando de ese pecado. Si no quiere ser un participante en ese pecado, no falle en buscar la mente del Señor en el proceso. Permítame citar al pastor MacArthur sobre la necesidad de ordenar a un anciano con un debido proceso de rigurosidad.

“Un hombre debería ser considerado para la ordenación solo después de que él ha demostrado que es idóneo para el ministerio de liderazgo durante un periodo en el que es probado. Durante ese tiempo es observada su actuación en una posición limitada de supervisión delegada. Si demuestra capacidad para el liderazgo y lealtad al mensaje, puede ser reconocido públicamente como alguien en el que se puede confiar para el servicio de liderazgo. La Iglesia debería tener a hombres en todas las etapas del proceso de prueba al pensar en sus futuras necesidades”.¹⁴

Richard L. Mayhue reconoce cinco puntos específicos sobre el beneficio de la ordenación¹⁵. Este pastor indica que, en términos generales, el proceso de ordenación sirve para:

¹⁴ MacArthur, 1991, p. 201.

¹⁵ Mayhue, 2009, pp. 177-178.

1. Identificar y certificar a los hombres que son verdaderamente llamados y equipados por Dios para el ministerio pastoral a pleno tiempo.

2. Eliminar la búsqueda de credenciales para el ministerio por hombres que no son llamados por Dios.

3. Dar una gran confianza a la congregación de que sus líderes son genuinamente designados por Dios.

4. Proveer un modelo de responsabilidad para la Iglesia relacionado con el ministerio de un hombre.

5. Encomendar públicamente a un hombre para el ministerio en cualquier sitio que Dios lo lleve.

Es importante decir en este aspecto que es el equipo de ancianos de la congregación el que debe reconocer quién ha sido llamado por Dios para el ministerio. En ninguna parte de las Escrituras encontramos que este sea un cargo que se gana por antigüedad, por herencia familiar, sucesión apostólica (como en el caso de la iglesia católica romana), o por alguna investidura sacerdotal de autoridad en los hombres. Como afirma Richard L. Mayhue: “antes bien, cada generación de liderazgo recibe su designación de Dios a través de líderes piadosos, y sobre la base de la recomendación de

dichos líderes, la Iglesia puede verificar la designación”.¹⁶

En otras palabras, el equipo de ancianos escoge al candidato, pero la Iglesia debe apoyar y aprobar dicha propuesta al reconocer los dones y el llamado del aspirante (compare con Hechos 6.5; Tito 1.5).

Dicho esto, pasemos al proceso de ordenación de un ministro, en donde hablaremos de las dos cosas que deben tenerse en cuenta a la hora de escoger un candidato para el ministerio pastoral. Por una parte, trataremos sobre el aspecto interno subjetivo y por otra sobre el aspecto externo objetivo, lo que comúnmente se conoce como el llamado interno y el llamado externo.

El llamado interno

Lo que un hombre desea y cree acerca del ministerio que Dios quiere para él comienza con el proceso de ordenación a nivel subjetivo. Pablo escribió “Palabra fiel: si alguno anhela obispado, buena obra desea” (1 Timoteo 3.1).

Note la siguiente reflexión del libro *The Master’s Plan for the Church* (El plan del Maestro para la Iglesia): “No debemos salir por allí reclutando

¹⁶ *Ibíd.*, p. 77.

hombres para que se hagan ancianos. Alguien que esté cualificado para ser un anciano estará deseoso de enseñar la Palabra de Dios y guiar el rebaño de Dios, sin pensamiento alguno de conseguir ganancias. Deseará el oficio, buscará ser apartado y se entregará a la Palabra. Nadie tendrá que hablar con él acerca de ello; es la pasión de su corazón. Más aún, sirve voluntariamente, conforme a la voluntad de Dios. Su servicio como anciano es un llamado de Dios. El deseo de servir como anciano está en su corazón porque Dios lo pone allí”.¹⁷

Tenga cuidado, apreciado lector. El hombre que ha clamado a menudo por tener un llamado para el ministerio frecuentemente no está verdaderamente llamado al ministerio. En ocasiones, las famosas corazonadas pueden ser engañosas con respecto a un llamado, o el orgullo puede nublar la mente para pensar con claridad.

Por esto, el aspecto externo objetivo es la segunda parte de la ecuación, que demuestra que dicha persona tiene más probabilidades de ser aquel a quien Dios ha escogido para dirigir Su Iglesia.

¹⁷ MacArthur, 1991.

El llamado externo

Empezaré con la contundente declaración del apóstol Pablo: “y estos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado, si son irreprochables” (1 Timoteo 3.10). El contexto inmediato de esta instrucción a Timoteo trata acerca de los diáconos. Pero también se refiere a las cualidades de las obispos descritas en el capítulo 3, versículos 1 al 7.

Observe lo que dice: “y estos también”. Los obispos también necesitan ser puestos a prueba. Esto permite a la Iglesia validar los aspectos subjetivos del que busca la ordenación, utilizando el criterio de Dios como la base para ponerlo a prueba.

Tomaré las palabras de Richard L. Mayhue¹⁸ para explicar este aspecto. La Escritura proporciona cinco escenarios principales para la prueba: carácter, conducta, capacidades, credo y compromiso. Primero, el carácter del hombre debe ser consecuente con su llamado, modelando el mensaje que predica. A este respecto, en la primera epístola de Pablo a Timoteo se enumeran diez distintivos que entran en cuatro categorías mayores de acuerdo con la agrupación siguiente:

¹⁸ Mayhue, 2009, pp. 179-181.

1. Su devoción/dedicación (3.2): “Marido de una sola mujer”.

2. Su disciplina personal (3.2): “templado”, “prudente”, “respetable”.

3. Su comportamiento en la vida (3.2): “Hospitalario para con la gente”, “capaz de enseñar” la Palabra de Dios.

4. Sus deseos (3.3): “no dado al vino”, “no pendenciero, sino amable”, “no contencioso”, “libre del amor al dinero”.

Segundo, Mayhue señala que la conducta de un hombre debe ser consecuente con su carácter. Este pastor enfatiza en tres elementos de la vida que son campo de prueba para su conducta:

1. Su excelencia servicial (3.4-5).

2. Su madurez espiritual (3.6).

3. Su reputación en la comunidad (3.7).

Tercero, las capacidades del candidato deben corresponder con su llamado. 1 Timoteo 3.2 aclara que tiene que ser “capaz de enseñar”. Por su parte, Tito 1.9 dice: “retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen”. Por tanto, el futuro pastor debe:

1. Apacentar la Grey de Dios (Hechos 20.28; 1 Pedro 5.2).

2. Proporcionar vigilancia espiritual (Hechos 20.28; Tito 1.7).

3. Conducirse como un varón de Dios maduro (Hechos 20.17; Tito 1.5; 1 Pedro 1.5).

4. Ser fiel como administrador del misterio de Dios (Tito 1.7).

Cuarto, su credo debe unirse a sus capacidades, como la Palabra de Dios dice que debe ser. Tiene que ministrar con sana doctrina (Tito 1.9).

Quinto, su compromiso debe demostrar consistencia en las cuatro categorías descritas atrás, siendo puesto a prueba durante un período de tiempo *suficiente* (1 Timoteo 3.10). Esto permite que el aspecto objetivo de la ordenación verifique el lado subjetivo, explica Mayhue.

Luego de pasar por estos procesos y de evaluar a los candidatos, cada Iglesia, de manera independiente, determina en qué momento específico ordenará a los ancianos para el ministerio en presencia de la congregación. Lo cierto es que el equipo de ancianos debe reunir a la Iglesia e imponer las manos sobre el nuevo anciano para ratificar su llamado. En cuanto al proceso de prueba, depende de cada aspirante. Pueden existir casos en los que la congregación requiera más tiempo para verificar la elección de Dios, pero otros pueden tardarse menos tiempo. En este aspecto, es recomendable que el proceso dure mínimo un año y máximo dos años. Cumplido este tiempo, el equipo de ancianos debería emitir una decisión acerca del proceso del candidato.

¿Elimina el gobierno de los ancianos el papel de un líder especial?

Una pluralidad de ancianos no elimina el papel de un líder especial. Dentro de la estructura del ministerio de los ancianos se da una gran variedad de dones y talentos que indiscutiblemente generan diferencias en el modo de ejercer el obispado.

Por ejemplo, puede darse la posibilidad de que uno de los ancianos tenga más habilidades que otro en aconsejar, otro en enseñar y predicar, otro en exhortar y algún otro en administrar o servir. Y aunque todos tienen la meta específica de apacentar la Grey del Señor, no es oculto para nadie que la personalidad de cada ministro es única y que de esa manera desarrollará su ministerio. Algunos, por ejemplo, son muy visibles, otros funcionan detrás del escenario, pero todos son parte del plan de Dios para la Iglesia.

Observar a los doce discípulos a través de los Evangelios y del libro de los Hechos es de mucha ayuda para responder esta pregunta. Ellos nos muestran cómo funciona la diversidad en un sistema unificado. Los discípulos fueron todos iguales en posición y privilegios. Todos fueron llamados por Jesús para ser sus apóstoles y todos recibieron la

misma autoridad para ejercer el ministerio (Mateo 10.1-4). Con excepción de Judas Iscariote, todos ellos reinarán en tronos iguales y todos serán igualmente respetados y honrados (Marcos 19.28). Sin embargo, a pesar de su igualdad en posición, había gran diversidad entre ellos.

La muy escandalosa frase de la madre de Juan y Jacobo hace eco de esta verdad: “ordena que en tu Reino estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y el otro a tu izquierda” (Mateo 20.21). Tras la indignación de los otros diez discípulos, Jesús los reunió a todos y les dijo: “sabéis que los gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos, y que los grandes ejercen autoridad sobre ellos. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera entre vosotros llegar a ser grande, será vuestro servidor, y el que quiera entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo; así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20.25-28).

Aquí se muestra que el trabajo pastoral no se enfoca en ser “el mayor” o el líder principal (pastor titular), se trata de un trabajo en equipo, en el cual la personalidad humilde posiciona al ministro en un lugar de liderazgo.

El trabajo de los ancianos es un trabajo de equipo en el cual todos se sirven unos a otros y sirven a Jesucristo, el príncipe de los pastores. Esto es

indiscutible. Todos tenemos dones y talentos, también personalidades únicas, pero al mismo tiempo somos un cuerpo unificado.

Ahora bien, a pesar de ser un cuerpo, la Escritura nos muestra que durante el periodo de los apóstoles hubo algunos que sobresalían de entre los demás, no por su astucia, ni mucho menos por su aspecto físico, sino por su personalidad. Estos se dividían en al menos cuatro listas de discípulos (Mateo 10.2-4; Marcos 3.16-19; Lucas 6.14-16; Hechos 1.13). Cada lista divide a los doce discípulos en tres grupos de cuatro hombres, y los tres grupos contienen siempre los mismos nombres, aunque el orden aparece alterado. En general, la lista es en orden descendiente, iniciando con aquellos que tuvieron una relación más estrecha con Jesús y terminando siempre con Judas Iscariote.

Los primeros en ser mencionados son Pedro, Santiago, Juan y Andrés. Este grupo es con el que más estamos familiarizados por su cercanía con Jesús en los cuatro Evangelios. El otro grupo lo conformaba Felipe, Mateo, Natanael y Tomás; y el último grupo estaba conformado por Santiago, Tadeo, Judas el Celote y Judas Iscariote. Ahora, note que, aunque los nombres cambian de lista en lista, siempre se mantiene el mismo nombre para el que encabeza los grupos. En el primer grupo siempre es

Pedro, en el segundo grupo es Felipe y en el tercer grupo es Santiago.

Parece ser que cada grupo tenía un líder. No es un secreto que el líder de los doce apóstoles siempre fue Pedro. Este hombre tenía un *liderazgo natural*, aunque también, por su carácter efusivo y entusiasta, una boca que lo ponía en problemas, como puede evidenciarse en su reproche a Jesús acerca de su muerte (Mateo 16.22-23) y en la declaración de que nunca negaría a su maestro (Lucas 22.31-62). A pesar de ello, su temperamento lo condujo a recibir la más solemne tarea que jamás puede recibir una persona: “apacienta mis ovejas” (Juan 21.15-17).

En los primeros capítulos de Hechos, lo vemos dirigiendo a los cerca de 120 discípulos y predicando el potente discurso el día de Pentecostés. Luego, junto a Juan, lideraron el trabajo en la Iglesia naciente de Jerusalén, hasta los primeros 12 capítulos del libro de los Hechos. Finalmente, vemos su papel protagónico como escritor de dos importantes epístolas de las escrituras.

Podemos observar el mismo fenómeno con Jacobo, quien evidentemente fue el líder y portavoz de toda la congregación (Hechos 12.17; 15:13). Luego Pablo y Bernabé, en Hechos 13, se convirtieron en los personajes principales de la narración.

Pero, a pesar de todo esto, hay que dejar claro que una posición de liderazgo no implica superioridad espiritual.

En conclusión, Jesucristo nunca estableció a un líder principal sobre cada una de las Iglesias, ni siquiera entre los doce discípulos, antes bien, cada uno en particular desarrolló su ministerio de acuerdo con sus dones y personalidades, lo que los posicionó, aun sin quererlo, en portavoces y líderes de la congregación.

En la actualidad, el pastor titular es quien ejerce esta posición de liderazgo y, como se ha dicho anteriormente en discusiones sobre el papel del anciano y la ordenación, esto no se produce por su antigüedad, lazos de consanguinidad o cualquier cualidad física que pueda tener el anciano, sino por el designio de Dios sobre dicho anciano para presidir al equipo pastoral.

“Cada ministerio que vemos en el Nuevo Testamento es un esfuerzo de equipo. Eso no elimina los papeles singulares de liderazgo. Pero sí quiere decir que no hay lugar para un estilo de liderazgo egoísta y dictatorial como el de Diótrefes, que amaba ser el primero”.¹⁹

¹⁹ MacArthur, 1991, p. 208.

Diáconos: atendiendo las necesidades de la grey

Hemos llegado a un capítulo que requiere mucha atención. El título diácono parece tener tantas diferentes connotaciones como Iglesias que las usan. En algunas congregaciones, los diáconos son la junta directiva oficial o el cuerpo administrativo legalmente reconocido. En otras, por el contrario, se nombra diácono a casi cualquier persona que asiste regularmente a la Iglesia. El ministerio del diácono es tan diferente de una congregación a otra que, para hablar de este oficio, es necesario hacer varias preguntas para determinar a qué se dedica en realidad dentro de la comunidad de fe.

La verdad que deseo imprimir en su mente es que las Escrituras no hablan acerca de una labor específica que deba ser realizada por los diáconos. Lo cierto es que, estos siervos, ejecutan cualquier tipo de servicio físico y espiritual que beneficia a los ministerios de la Iglesia.

A pesar de no conocer concretamente a qué deben dedicarse los diáconos en la congregación, es importante destacar que lo primordial en este oficio es el carácter del servidor y no tanto las actividades que pueda realizar. Esto nos enseña mucho acerca de la naturaleza de Dios para el liderazgo: El asunto tiene que ver con carácter, no con acciones específicas.

El pastor titular de Gracia a Vosotros, una de las iglesias más fructíferas en cuanto al desarrollo del liderazgo en Estados Unidos, dice esto respecto al carácter que deben tener los que desean ser siervos de Cristo en la congregación: “mi convicción es que cuando una Iglesia está tan preocupada en lo concerniente a mantener un alto nivel de integridad y pureza en el liderazgo, como suele estarlo en lo relacionado a afirmar una forma específica de gobierno, empezará a estar más en línea con las Escrituras en todas las demás áreas también”.²⁰

¿En qué sentido se usa la palabra diácono en el nuevo testamento?

En el Nuevo Testamento se usan tres palabras para referirse a los diáconos: *diakonos*, que significa siervos; *diakonia*, que significa servicio; y *diakoneō*,

²⁰ MacArthur, 1991, p. 211.

que significa servir. Este grupo de palabras fueron usadas por los primeros cristianos para designar el servicio a las mesas. Posteriormente, estos términos tomaron un significado más específico y vino a representar casi cualquier servicio que se hacía en la Iglesia local.

Según el contexto bíblico, diácono significa servidor y no tiene ninguna otra connotación aparte de esta. Quizá, para muchas Iglesias, existe un grupo de creyentes considerados diáconos, que son llamados líderes, líderes de ministerio o líderes a cargo. Pero las Escrituras no dan evidencia suficiente para afirmar que los diáconos tuvieran una posición de autoridad para dirigir ciertos asuntos dentro de la congregación. Antes bien, el uso de estas expresiones griegas describe una buena variedad de actividades semejantes a las de un esclavo que sirve a su amo o de un rey que sirve a su pueblo.

En general, *diakono*, *diakonia* y *diakoneō* se refiere a cualquier servicio que atiende a las necesidades de otras personas. Esta palabra aparece cerca de cien veces en el Nuevo Testamento y puede entenderse como ministerio (1 Corintios 12.5), ministración (2 Corintios 9.12) y socorro (Hechos 11.29).

¿Cuáles son los servicios implícitos en la palabra diácono?

En la Biblia encontramos tres áreas de servicio para el diaconado: servir alimentos, servicios generales y servicio espiritual.

Servir alimento

La palabra *diakoneō* tiene que ver con servir alimentos. Permítame mencionar tres ejemplos de esto. El relato de las bodas de Caná de Galilea es una buena ilustración del uso de esta palabra griega, pues cuando escaseaba el vino, María, la madre de Jesús, le dice a los que servían (*diakonoi*): “haced todo lo que os dijere” (Juan 2.5, 9). Esa es una referencia a personas que servían a la mesa, que es el significado original y tradicional de la palabra diácono.

Lucas 4.39 nos dice que, después de que Cristo sanara a la suegra de Pedro, ella “levantándose al instante, les servía”. Aquí aparece la forma verbal de *diakoneō*.

En Hechos 6.2 surgió una discusión debido a que las viudas griegas estaban siendo desatendidas. Los Apóstoles escogieron de entre el pueblo a siete varones que se encargaran de servir la comida y atender a las mesas de las viudas. Otros pasajes en

los cuales se usa la palabra diácono para referirse a servir una comida se encuentran en Juan 12.2 y Lucas 10.40; 17.8.

En la actualidad, servicios como la organización de los enseres para la cena del Señor, la organización de las copas para el vino y la distribución de los alimentos en las bandejas para este fin deben estar a cargo de los diáconos. Así mismo, la distribución de alimentos al habitante en condición de calle o a los adultos mayores también debe ser dirigida por los diáconos. Las canastas de mercados para las familias vulnerables a la pobreza deben ser ministradas y atendidas por los diáconos. Y aunque en el siguiente punto hablaré acerca de los requisitos para ejercer la función de diácono, quiero adelantarme un poco y decir que la razón por la que los diáconos deben encargarse de este servicio es porque estos hombres y mujeres, por su sabiduría y madurez espiritual, así como por su amor por las cosas de Dios, tendrán la capacidad de planificar quiénes son las personas más necesitadas que requieren el servicio de alimentación y cómo tratar sabia y piadosamente a aquellos que asisten a la congregación únicamente por necesidad física o económica.

Servicio general

El segundo es un servicio general. En Juan 12.26 Jesús dice: “si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará”. En este caso se refiere a cualquier tipo de servicio.

En Lucas 22.27 aparece tanto el uso general como el uso original de la palabra: “porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve”. En el primer caso, se habla de una asistencia específica de servir a la mesa, y en el segundo caso, se habla de un servicio general.

En la actualidad hay muchos servicios que entran en esta categoría, mencionaré sólo unos cuantos para tener una idea clara:

- Administrativa: manejo de asuntos financieros. (este cargo por lo regular lo administra un anciano, sin embargo, un diácono puede hacerlo también).
- Medios: manejo de sonido, video, servicios computacionales, fotografía, grabación de prédicas en video y audio, manejo de redes sociales, páginas web, entre otros.
- Servicios: aseo general, limpieza, organización de manteles y sillas, asistencia a daños estructurales,

remodelaciones y ajustes de arquitectura, entre otros.

- Protocolo y organización: atención a los invitados, consolidación, organización de sillas, planillas de asistencia, organigramas y calendarios, entre otros.

Servicio espiritual

El servicio espiritual es todo tipo de servicio que se realiza para el beneficio espiritual de la congregación. Es importante recordar aquí que la palabra diácono no es una posición legal establecida para un grupo de personas, antes bien, es el nombre que se le da a un creyente maduro que ha sido identificado por los ancianos como un hombre o una mujer que sirve activamente en la Iglesia. En Romanos 15.25 Pablo escribe: “más ahora voy a Jerusalén para ministrar a los santos”. Él se identifica a sí mismo como un *diákonos*. De Hechos 20.19 aprendemos que el apóstol se mantuvo ocupado “sirviendo al Señor con toda humildad”.

En primera de Corintios 12.5, Pablo nos dice que “hay diversidad de ministerios (*diakonía*) pero el Señor es el mismo”. Algunos de estos servicios espirituales que realiza todo creyente, incluidos los ancianos y toda la congregación, son:

“De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría” (Romanos 12. 6-8).

En 1 Tesalonisenses 5. 12-22 se nos dan a conocer otros servicios: “también os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos. Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos. Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús. No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno. Absteneos de toda especie de mal”.

A esto se suma la utilización de los dones espirituales para el beneficio de la congregación (1 Corintios 12. 7-10) y los ministerios que Jesucristo repartió a sus servidores (Efesios 4.11-12), porque, como dice la Escritura: “todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como Él quiere. Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo

cuerpo, así también Cristo” (1 Corintios 12.11-12), y todo lo hace Dios “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efesios 4.12-15).

Ahora, hay algunos ministerios espirituales que están estrechamente relacionados con la misión de la Iglesia. Como, por ejemplo:

- Ministerio de la Palabra: encargado a los ancianos para edificar a la congregación y a los diáconos para el discipulado de los miembros.
- Ministerio de la Comunión.
- Ministerio de la Cena del Señor.
- Ministerio de la Oración.
- Ministerio de Alcanzar a otros.
- Ministerio de las Misiones.

Estos ministerios son de carácter espiritual, pues potencian la gran comisión de Cristo (vea Mateo 28.19-20).

En conclusión, la palabra diácono se refiere a cualquier servicio dentro y fuera de la congregación que incluye servir a la mesa, servicio general y servicio espiritual. Indudablemente, para cada categoría se necesita una madurez espiritual para afrontar el cargo. Pasemos a estudiar ahora los requisitos de aquellos que desean servir a Cristo en su obra como diáconos.

¿Cuáles son los requisitos para ser diácono?

Contrario a lo que enseñan muchas Iglesias en la actualidad, para ser diácono no se necesitan dones especiales en negocios, comunicación y medios audiovisuales. Ser diácono está al alcance de todos los creyentes maduros que aman la obra del Señor y su Iglesia. Tampoco se trata de cumplir con ciertas actividades dentro de la congregación para luego postularse al cargo, pues el diaconado es un llamado humilde que enfatiza en el carácter del creyente más que en sus destrezas físicas o mentales.

En la Iglesia primitiva el carácter fue el sello distintivo de los primeros diáconos que atendieron a las mesas. En Hechos 6.1-6 se nos dice que, durante

la época de la primera Iglesia, en Jerusalén, “como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria. Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la Palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la Palabra. Agradó la propuesta a toda la multitud; y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas, y a Nicolás prosélito de Antioquía; a los cuales presentaron ante los apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos” (Hechos 6.1-6).

Estos primeros cristianos eran piadosos, de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes se les podía confiar dicho trabajo. Lo cierto es que el carácter es lo que motiva al Espíritu Santo a designar siervos para la obra. Luego de haber escogido a estos varones, los apóstoles impusieron las manos sobre ellos y oraron, lo cual demuestra la aprobación para que ellos acompañaran a los apóstoles a servir a Cristo en la obra del ministerio.

A propósito de este pasaje, tal vez puede surgir la pregunta: ¿acaso no es esto una ordenación oficial para los diáconos como un grupo de autoridad dentro de la congregación?, pero la respuesta es que no. En ninguna parte de las Escrituras se menciona que los diáconos tengan autoridad para la dirección o toma de decisiones en la Iglesia local, como sí la tenían los ancianos. Lo que sí es cierto es que los varones que son mencionados en Hechos 6.5 fueron perfilados como posibles ancianos o como servidores temporales de mucha estima.

A pesar de ello, lo cierto es que para los primeros cristianos el tener varones piadosos era una regla básica para el liderazgo. Jhon Jairo Serna y Nancy Giraldo, familia pastoral en una de las iglesias de los Hermanos Menonitas en el Valle del Cauca, suelen decir con mucha certeza que: “incluso para servir el agua al predicador hay que estar lleno del Espíritu Santo”. De nuevo, carácter.

Me causa cierta impresión ver que algunas Iglesias pasan por alto el carácter de sus líderes y mecánicamente asignan labores eclesiológicas a personas que apenas abren sus Biblias en el culto dominical. El asignar líderes que no estén comprometidos con Dios para ejercer una labor de servicio (especialmente el servicio espiritual) puede repercutir en mala ejecución de las tareas asignadas o en murmuración de “los de afuera”, de allí el

estancamiento de muchas congregaciones. No en vano el apóstol Pablo dice: “así está escrito: “Por causa de ustedes se blasfema el nombre de Dios entre los gentiles” (Romanos 2.24). Por su parte, el apóstol Pedro menciona: “mantened entre los gentiles una conducta irreprochable, a fin de que en aquello que os calumnian como malhechores, ellos, por razón de vuestras buenas obras, al considerarlas, glorifiquen a Dios en el día de la visitación” (1 Pedro 2.12).

Ahora, ¿es entendible por qué era necesario tener personas piadosas que se encargaran del servicio eclesiástico? Para usted tal vez no es ajeno haber escuchado frases como: “yo no asisto a la Iglesia porque aquel líder fue muy déspota conmigo el otro día”, o: “consideraría seriamente ser cristiano si no fuera por la conducta de los cristianos”.

En cierta ocasión conocí el testimonio de un líder que le pidió a un invitado de la Iglesia que le diera dinero para ser discipulado. La Iglesia está plagada de líderes que no son esclavos del Señor Jesucristo. Y luego, cuando viene la crisis y la Iglesia está en declive, los primeros en huir son ellos. No quiero ser duro, pero quiero que comprenda junto conmigo la responsabilidad tan grande que tenemos como diáconos (servidores) y colaboradores de Dios. Existimos para dar toda la gloria y la honra a nuestro Creador. Bien nos fuera escoger líderes piadosos y

que encarnen el carácter de Cristo para lograr este objetivo.

1 Timoteo 3.8-10 es una extensión de los requisitos para los diáconos mencionada en Hechos 6.1-7. Este texto dice que los diáconos “deben ser honestos, sin doblez, no dados a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas; que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia. Y éstos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado, si son irreprochables. Los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas. Porque los que ejerzan bien el diaconado, ganan para sí un grado honroso, y mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús” (1 Timoteo 3.8-10, 12-13).

Para lograr el objetivo de glorificar a Dios en cada servicio en la Iglesia local, el diácono debe ser honesto (*semnos*), que quiere decir: venerable, honorable y serio. Sin doblez, lo que quiere decir que debe ser alguien digno de confianza, sin titubeos o inconstancia en el ministerio. Además, no deben ser dados a mucho vino, teniendo en cuenta que, en el contexto de la época (estoy hablando de hace más de 2000 años), el vino era una bebida común que se servía a la mesa en ocasiones especiales, pero que no contenía la cantidad de alcohol que incluyen estas bebidas en la actualidad. Tampoco deben ser codicioso de ganancias deshonestas; los diáconos

tienen que estar libres del amor al dinero pues algunos, que se dedican a las áreas administrativas, pueden incurrir en pecado. Los diáconos también deben guardar el misterio de la fe, lo que se refiere a la doctrina de que Dios se ha encarnado en la persona de Cristo y deben guardarla con limpia conciencia, aplicando estos principios a su propia vida personal.

La traducción griega continúa diciendo: “y estos también sean sometidos a prueba, y entonces ejerzan el diaconado si están en el camino de ser irrepreensibles”. Aquellos que ejercen el diaconado con limpia conciencia ganan para sí un grado honroso y mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús.

Una pregunta que usted puede hacerse es: ¿está mal asignar servicios eclesiásticos a los miembros que estén en el proceso de ser irrepreensibles? ¿Qué pasa con los jóvenes y adultos no comprometidos que pueden encontrar en el servicio un medio de santificación?

A la primera pregunta quiero decir personalmente que no considero mal trabajar con miembros que estén en proceso de ser irrepreensibles, siempre y cuando estén siendo discipulados y capacitados por un anciano o diácono maduro. Como respuesta a la segunda pregunta, diré que el diaconado no es un escenario en donde una persona decidirá con el tiempo si va a morir al mundo y a la

carne o si no lo hará. Tampoco es una tarima en donde usted puede recibir ovación del público mientras su vida está en desacuerdo con la Palabra de Dios; el diaconado es un servicio para discípulos comprometidos con Cristo y que conocen el corazón del Padre en la intimidad de la oración. Muchos ven el liderazgo de la Iglesia como una oportunidad para mantener a los miembros ocupados, evitando así que dejen de congregarse. Los que piensan así acerca del ministerio no tendrán ministerio por mucho tiempo.

Nuevamente la frase de Richard Baxter hace eco en esta discusión: “si no deseas el éxito del ministerio, entonces ¿por qué estás en él?”.

El éxito del ministerio depende de qué tan comprometidos están los servidores con la Palabra de Dios y qué tanto conocen al Padre. Esto también incluye a toda la congregación, pues desde el más pequeño hasta el más grande debe estar en el camino a la madurez espiritual y el servicio apasionado.

¡Se necesita carácter en la línea de batalla!

¿Qué dice la Biblia acerca de las diaconisas?

Ha sido amplia la discusión acerca del papel de la mujer en la Iglesia local. Debo decir que, como al joven Timoteo, en ocasiones siento temor al hablar de este tema debido a que no deseo deshonrar a Dios

y su Palabra. Sin embargo, tomaré el consejo de Pablo: “por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1.6-7).

Le pido que en este momento tome un breve receso, deje a un lado este texto y ore al Señor por gracia y misericordia, tanto para usted como para mí. Pida a Cristo que revele a través de su Palabra su plan para la Iglesia. Luego tome una taza de café mientras medita en la obra de Cristo. Hágalo. No deje de hacerlo. Yo estaré esperándole paciente.

Ahora que ha orado y descansado un poco, quiero decirle que este es un tema que no debemos pasar por alto cuando se habla de ministerio pastoral y del servicio en la Iglesia local. De hecho, algunas personas constantemente me preguntan: Harold, ¿cuál es el rol de la mujer en la congregación? ¿Cuáles son los dones y talentos que las mujeres están en responsabilidad de usar para el beneficio de la Iglesia?

Para entender estas preguntas, acompáñeme a 1 Timoteo 2.11-14 y estudiemos un versículo que ha sido muy controversial en diversas culturas, tradiciones y denominaciones.

“La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. Porque no permito a la mujer enseñar, ni

ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión” (1 Timoteo 2.11-14).

Las diferentes posturas sobre este pasaje radican en que muchos creyentes al leer esta cita dicen: “Oh, Pablo eres tan machista”, o: “la cultura ha cambiado las cosas”. Otros, por ejemplo, cuestionan: “¿Quiere decir esto que la mujer no puede servir ni hacer nada en la congregación?”. Yo no me atrevería a emitir un juicio valorativo o un comentario sin antes estudiar el pasaje.

La discusión del apóstol Pablo no gira en torno a lo que la mujer no puede hacer, sino más bien a todo lo que la mujer está en capacidades de hacer según el rol que Dios le asignó en la creación. Muchas mujeres se enfrascan en este punto diciendo: “¡Ah, así que eso dice Pablo!, pues se acabó mi servicio en esta Iglesia”. Antes de emitir un juicio, debemos examinar bíblicamente cuál es el rol del hombre y la mujer desde la creación del mundo.

Sabemos que Dios todo lo creó bueno en gran manera. Cuando Dios terminó la creación las Escrituras afirman: “vio Dios que todo era bueno” (Génesis 1.31). Y esto es porque todo en la creación tiene un propósito. La luna y el sol cumplen su función específica para el correcto funcionamiento

del planeta. Las constelaciones, las estaciones y cada ciclo natural de la Tierra tienen una razón de ser. Incluso los animales cumplen una labor específica en la creación al mantener el equilibrio de las especies. El hombre y la mujer también fueron creados con una función específica. Primero fue Adán, el varón, quien debía administrar la Tierra, labrarla y dar nombre a los animales y luego fue la mujer, la única “coheredera de la gracia de la vida” (1 Pedro 3.7).

Note lo que Dios dijo al ver al hombre sólo: “no es bueno que el hombre esté sólo; le haré una ayuda idónea” (Génesis 2.18). La mujer fue creada para ser una ayuda idónea para el hombre. Idóneo (a) viene de la expresión hebrea *azár*, que significa rodear, circundar y proteger. Esta palabra tiene una connotación de aliado o ayudador, y es hermosa si se ve como uno que abraza y envuelve. ¡Es grandioso! La mujer es quien abraza al hombre y lo envuelve para ser sostén, protección y ayuda.

Usted bien puede notar que hay cosas que los hombres no podemos hacer de igual manera que una mujer y viceversa. El hombre y la mujer fueron creados para ser una ayuda mutua, para trabajar en equipo, pero sin pasar por alto el rol que les fue asignado a cada uno. El hombre es la cabeza de la mujer (Efesios 5.23) y la mujer es la sabiduría que edifica el hogar (Proverbios 14.1).

A esto se refiere Pablo en el controversial pasaje mencionado. En la Iglesia de Éfeso, según el contexto de las palabras del apóstol, las mujeres estaban olvidando su rol. Pablo dice: “porque no le permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre” (1 Timoteo 2.12). Esto claramente es una contraparte al rol que debían ejercer los ancianos. Note lo que dice Pablo acerca de los obispos: “pero es necesario que el obispo sea apto para enseñar, que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad, (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?)” (2 Timoteo 3.2, 4).

Como vemos, es probable que algunos hombres y sus esposas en Éfeso estuvieran olvidando su rol en el hogar y por ende en la congregación. Lo mismo ocurrió en la Iglesia de Corinto. Las mujeres no estaban ejerciendo su rol y sus dones con toda sujeción, por lo cual el apóstol Pablo aclara que: “Dios no es Dios de confusión, sino de paz. Como en todas las iglesias de los santos, las mujeres guarden silencio en las iglesias, porque no les es permitido hablar, antes bien, que se sujeten como dice también la ley” (1 Corintios 14. 33-34).

Esta doctrina era muy común a todas las Iglesias “de los santos”, tanto griegas como judías, y es un principio universal para todas las demás. Así mismo, estaba descrito en la ley de Dios que el

hombre y la mujer debían ejercer el rol que les fue asignado desde la creación (vea Génesis 3.16). Ahora bien, según el contexto bíblico, fue necesario silenciar a ciertas mujeres para preservar el orden y la sana doctrina de la iglesia; hoy las mujeres deben contar con una madurez espiritual sólida que les permita trabajar, junto a sus esposos o, si son solteras, de la mano con el equipo de ancianos y diáconos, para la edificación de la Iglesia.

Tal vez usted diga: ¿qué hay de malo en que la mujer no se sujete al hombre o que gobierne por encima de él? La respuesta es que todo Dios lo hizo bueno en su tiempo y su hora. Nada fue creado al azar o sin propósito, por ende, cuando la mujer y el hombre descuidan sus roles vienen los problemas. Esto es a lo que se refiere Pablo con los versículos 13 y 14 de 1 Timoteo 2. Cuando el hombre olvidó su rol de cuidador, administrador y sobreveedor, la mujer tomó la iniciativa de comer del fruto del árbol (vea Génesis 3.6). ¿Dónde estaba el hombre cuando la mujer fue tentada? ¿Por qué la mujer no consultó a su marido antes de tomar el fruto? Había un desorden en los roles y el diablo utilizó esto para traer confusión. El pasaje no dice que la mujer no puede hacer absolutamente nada debido a que por ella el pecado entró al mundo. ¡No! De hecho, las Escrituras hablan del pecado de Adán, y Pablo dice que por un hombre entró el pecado (Romanos 5.12).

No se trata de quién fue la culpa, se trata de roles y responsabilidades.

He escuchado algunas mujeres decir: “las cosas han cambiado; la mujer no es la misma de hace dos mil años. La liberación femenina es un hecho en el mundo entero. Las mujeres y los hombres tenemos los mismos derechos. El pueblo judío es un pueblo machista, las mujeres también podemos liderar congregaciones, empresas y asuntos públicos”. Es indiscutible el rol de la mujer en la actual sociedad, sin embargo, volvemos al eje principal: no se trata de dignidad, derechos o superioridad física e intelectual, pues el hombre y la mujer son totalmente iguales, se trata de roles. Pablo explica esto y rompe toda barrera ideológica y cultural al decir que: “Adán fue formado primero, después Eva” (vs. 13). No se trata de la cultura, tampoco de un tabú Latinoamericano, ni de la liberación femenina, ni mucho menos de 2000 años de historia: Se trata de roles.

Cuando un hombre y una mujer encuentran su rol en la familia y la Iglesia, todo resulta en bendición. Cuando un hombre trabaja junto con su esposa para proveer y sostener el hogar, y cuando ambos se aman en el amor de Cristo, respetando el liderazgo del hombre para la guía del hogar y la sabiduría de la mujer para la toma de decisiones, ambos como ayudas complementarias y no como tiranos que quieren gobernar uno por encima del

otro, todo resulta en mucha bendición. Lo mismo ocurre en el liderazgo de la Iglesia según vemos a través de toda la historia bíblica.

Surge una pregunta: ¿acaso Débora no fue una jueza? ¿No habla esto del papel de la mujer como dirigente de una nación? Varias cosas hay que decir al respecto. La historia está en Jueces 4 y 5. Ella fue la única jueza en la historia de Israel y ejerció como gobernante debido a que los jueces, los sacerdotes, los ancianos y dirigentes de Israel no contaban con un liderazgo espiritual sólido, antes bien, estaba enmarcado en el pecado y la burocracia. Veamos un comentario respecto a este periodo trágico de la historia de Israel:

“El tiempo de los Jueces de Israel es un período dramático en la historia del pueblo de Dios. Mucho se ha hablado y escrito de la crisis de Israel durante ese período tumultuoso y desordenado, en donde Israel iba dando tumbos, pasando por largos períodos de pecado, dificultades, clamores y victorias, para luego volver a ese mismo círculo vicioso una y otra vez por muchos años. Una de las primeras cosas que llama la atención de ese período es la falta de continuidad en el liderazgo luego de la muerte de Josué. A diferencia de la partida de Moisés, Josué también da una exhortación final a Israel, pero no menciona por ningún lado a un posible sucesor. ¿Es que acaso Israel carecía de liderazgo? Al parecer, lo

que había era una burocracia nacional, porque cuando Josué da su discurso final, él mandó a llamar, «... a los ancianos de Israel, a sus jefes, a sus jueces y a sus oficiales...» (Jos. 24:1). Es evidente que Israel tenía muchas «autoridades», pero carecía de un verdadero liderazgo espiritual”.²¹

Sumado a esto, el quinto juez de Israel, Barac, estaba acobardado y no se ajustaba a la voluntad de Dios. Ningún líder tomaba la rienda de los asuntos políticos y espirituales del país. Entonces, Dios llama a una mujer y la envía con una misión específica. Tiempo después, al ser restaurado el liderazgo y el sacerdocio del pueblo, la mujer toma el rol que le corresponde en la congregación y en el pueblo. Usted podrá notar que nunca en la historia de la Biblia se habla de una sacerdotisa, pero sí se habla de una familia sacerdotal compuesta por un sacerdote, su esposa e hijos (vea la historia del sacerdote Zacarías y su esposa Elizabet en Lucas 1.5-25).

Vendría bien cambiar la pregunta: ¿por qué no puede la mujer gobernar?, a la pregunta: ¿qué tanto puede hacer la mujer en la congregación? La respuesta a la segunda pregunta es: ¡mucho! Toda la historia del pueblo de Israel, la historia de los Evangelios y la historia de la Iglesia primitiva habla del rol de la mujer. Es extraordinario ver tantas

²¹ Matthew, 1999, p. 1630.

mujeres ayudando en la obra del Señor, aplicando sus dones para el beneficio del pueblo de Dios.

Entonces, ¿habla la Biblia acerca de diaconisas? Claro que sí. En los requisitos de los diáconos se hace mención a las mujeres: “las mujeres asimismo sean honestas, no calumniadoras, sino sobrias, fieles en todo” (1 Timoteo 3.11).

Este pasaje no habla acerca de las esposas de los diáconos, habla sobre el carácter que deben tener las mujeres que ejercen este cargo. Bíblicamente, las mujeres están en capacidad y responsabilidad de ejercer todas las funciones que pueda ejercer un diácono dentro de la congregación. Matthew Henry, en su Comentario Bíblico, afirma que las mujeres deben ejercer todo tipo de servicio eclesial desde orar en la asamblea, profetizar la Palabra de Dios a los perdidos, dar reportajes misioneros, asistir campañas misioneras, compartir testimonios personales, dar palabras de instrucción en reuniones de mujeres, administrar y enseñar en la escuela dominical (escuela de niños y seminarios bíblicos), y fortalecer las comunidades de tipo misional que todavía no están plenamente organizadas como iglesias, donde aún no hay varones suficientes equipados para trazar rectamente la Palabra de verdad.

Si usted está pensando en las mujeres que conoce y que ejercen el ministerio pastoral, o si por el contrario usted es una pastora y surge la pregunta:

¿qué ha pasado desde los tiempos bíblicos hasta ahora?, la respuesta es que, cuando no hay hombres valientes, devotos y capacitados para ejercer santa y piadosamente la labor del anciano y sobreveedor, la mujer ha tomado el control, evitando que muchas congregaciones se desmoronen y cierren sus puertas.

Doy mil gracias a Dios por las mujeres valientes que edifican la Iglesia del Señor, aun así, es necesario hacer un llamado a los hombres para que sean esforzados y cumplan su rol en la Iglesia local (Deuteronomio 31.7, 23; Josué 1.6, 7, 9, 18; 1 Samuel 4.9; 1 Reyes 2.1-3; 1 Corintios 16.13-14; Filipenses 1.27; 2 Timoteo 1.6-8).

Valdría la pena evaluar estos casos y hacer un esfuerzo por establecer el modelo bíblico para el beneficio de la Grey: una familia pastoral que haga parte del equipo de ancianos, compuesta por un hombre y una mujer que temen al Señor, en la cual el hombre es la cabeza de la mujer y la mujer se sujeta a él como su ayuda idónea. Esto no significa que un hombre soltero no pueda ser anciano, pero es un llamado a levantar en alto el rol bíblico del hombre y la mujer en la creación. Resultará de mucha bendición lanzarnos confiadamente a la doctrina del Dios eterno.

¿Cuáles son las diferencias entre ancianos y diáconos?

Ya hemos analizado el significado de ambos términos y se ha dicho que los ancianos, pastores u obispos son los dirigentes de la congregación, el cuerpo gobernante. Diácono se refiere a cualquier servicio realizado para el cuidado y sostenimiento de la Grey.

La diferencia radica en dos versículos. 1 Timoteo 3.2 dice que los ancianos deben ser: “aptos para enseñar” y en el versículo 4 y 5 dice: “que gobiernen bien su casa (Pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la Iglesia de Dios?)”. Dos palabras mencionadas en este texto no aparecen en los requisitos de un diácono: enseñar y gobernar.

Los ancianos, a diferencia de los diáconos, tienen la responsabilidad de proveer la enseñanza para la congregación. Es a ellos a quienes Dios ha designado para la tarea de edificar la congregación en los diferentes cultos y nadie más que ellos deberían encargarse de este servicio espiritual. Son ellos los que deben dedicar más tiempo a la oración y a la Palabra (Hechos 6.2-4) para preservar la sana doctrina y la edificación de cada miembro. Por otra parte, los ancianos están llamados a gobernar (*episkopēō*) y dar dirección a la Grey. Es sobre ellos que recae la responsabilidad ante Dios de todo lo que

sucede dentro de la Iglesia local (Hebreos 13.17). Además, son ellos quienes tienen completa madurez y sabiduría espiritual para cuidar (*poimneō*) la Iglesia de Dios.

Por esto y en vista de que servimos a un Dios celoso por su casa (Juan 2. 17), deberíamos tener sumo cuidado cuando los ancianos no cumplen su función específica de dirigir a la Grey del Señor o cuando los diáconos, tanto hombres como mujeres, desean tomar las riendas sobre el manejo interno de los asuntos eclesiales.

La grey: un rebaño comprado a precio de sangre

Servir a la Grey del Señor es lo más hermoso que puede sucederle a una persona, esto debido a que la Iglesia es el único cuerpo en la Tierra que Dios ha prometido bendecir (Mateo 16.18). La obra es desafiante, los obstáculos grandes y el camino por recorrer es largo, pero al final la recompensa es gratificante: la corona de justicia preparada para todos aquellos que aman su venida (2 Timoteo 4.8).

¿Puede imaginar que toda la historia de la redención humana, desde Génesis 3.15 hasta Apocalipsis 22.21, habla acerca del sacrificio que Cristo hizo por la Iglesia? Yo no entiendo esto y aun así estoy tratando de explicárselo. No comprendo cómo fue que Dios decidió hacerse hombre y morir en una cruz para evitar que todo el peso aplastante de la ira del Padre cayera sobre la humanidad. Es increíble que aún yo esté en pie a pesar de mi pecado

y todo porque un día Dios decidió en Cristo redimirnos de la maldición de la ley.

Gálatas 3.13 dice: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)”. Nosotros merecíamos la muerte. La única consecuencia al desobedecer la ley de Dios es la muerte (Romanos 8.6) y cada día desobedecemos la ley consciente o inconscientemente. El libro de Deuteronomio habla de lo que sucede con aquellos que infringen la ley, observe:

“No querrá Jehová perdonarlo, sino que entonces humeará la ira de Jehová y su celo sobre el tal hombre, y se asentará sobre él toda maldición escrita en este libro, y Jehová borraré su nombre de debajo del cielo; y lo apartará Jehová de todas las tribus de Israel para mal, conforme a todas las maldiciones del pacto escrito en este libro de la ley” (Deuteronomio 29.20-21).

Y capítulos después dice: “mía es la venganza y la retribución; a su tiempo su pie resbalará, porque el día de su aflicción está cercano, y lo que les está preparado se apresura” (Deuteronomio 32.35).

Nuevamente digo: es una suerte que aún estemos en pie. Toda la ira de Dios, que estaba preparada para usted y para mí, cayó sobre Cristo y, ahora, Él es nuestro fiel sacerdote y abogado ante el Padre. Es hermoso saber que “Dios estaba en Cristo

reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (2 Corintios 5.19).

¡Es precioso! Es por lo que digo que ser siervo de Cristo es la más prestigiosa obra que jamás podemos hacer. “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la Iglesia del Señor, la cual Él ganó por su propia sangre” (Hechos 20.28).

La Grey, el rebaño de Dios, es tan importante para Él que “no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (Romanos 8.32), dándonos libre acceso a los tesoros celestiales. Entonces, ¿cómo debemos responder nosotros ante este sacrificio en la Cruz del Calvario? ¿Qué nos pide Cristo como Iglesia tras semejante sacrificio?

Dos cosas. Por un lado, comprender que todos somos ovejas que debemos mirar por nosotros mismos, es decir, cuidar y perseverar en la salvación y, por otra parte, obedecer a nuestros pastores para honrar la muerte de Cristo en la Cruz al aplicar su Palabra en nuestra vida y en la congregación.

Estoy confiado porque “el Dios de toda gracia, que os llamó a su gloria eterna en Cristo, Él mismo os perfeccionará, afirmará, fortalecerá y establecerá. A Él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén” (1 Pedro 5.10-11).

Todos somos ovejas

Hay algo que me preocupa en los círculos eclesiásticos actuales y es el hecho de que muy pocos pastores se ven a sí mismo como ovejas que necesitan ser pastoreadas. Muchos de ellos no rinden cuentas a otros líderes y tampoco aprenden con toda sujeción de otros miembros de la Iglesia.

¿Se ha preguntado, como oveja del redil, quién cuida del pastor?, o ¿quién le aconseja en sus momentos de dificultad? Si usted no conoce la respuesta a estas incógnitas es porque posiblemente usted no ve a sus pastores como ovejas que necesitan atención. Muchas Iglesias sólo exigen que sus pastores cuiden de la Grey, pero muy pocos cuidan de ellos. Creo que no hay nada más triste para un pastor que ver al rebaño ser indiferente a esto.

Ahora, ¿se ha preguntado, como uno de los pastores de la Iglesia, si es necesario rendir cuentas a otros y apoyarse sobre los miembros de la congregación? Si su respuesta es no, probablemente usted ha olvidado qué significa aquello que usted mismo cuida: el rebaño

Creo que esta es la razón por la que muchos pastores abandonan el ministerio. Es como estar en medio de un rebaño y no sentirse parte de él. Todos somos ovejas y existe uno quien es el verdadero

Príncipe de los Pastores, Jesucristo (1 Pedro 5.4). Fuera de Él no existe otro pastor, solo ovejas que necesitan de cuidado y protección.

La palabra Grey, usada en Hechos 20.28, significa manada. Y esta metáfora es muy significativa pues nos muestra la esencia misma de la naturaleza de la Iglesia. La Iglesia es una manada que trabaja en conjunto para alcanzar un ideal específico que es la vida eterna.

En el reino animal, uno de los ejemplos que mejor ilustra esto es la manada de lobos. Todos ellos trabajan juntos, bajo la dirección de un lobo alfa. Los lobos más débiles se refugian en los más fuertes y los más fuertes son apoyados por los más pequeños. Nadie puede perderse en los fríos bosques; nadie puede morir en la noche oscura mientras sopla el viento elido. Incluso, cuando se presenta una pelea con otras jaurías, cada lobo protege a los suyos, pues el lema de estos es que la fuerza del lobo radica en la manada. Creo que la naturaleza tiene mucho que enseñarnos.

Las ovejas, por otra parte, son animales muy dóciles y en extremo torpes. Dios no se equivocó al compararnos como ovejas en un redil. Las ovejas no pueden subsistir por sí solas, son indefensas y si se pierden, pronto morirán. La verdad más iluminadora de las Escrituras es que sin pastor no hay ovejas, por esta razón, Dios habla constantemente de su labor

como el Pastor del Pueblo (vea Ezequiel 34). Así, somos como lobos que trabajan en conjunto y como ovejas que necesitan dirección.

Con esto en mente, deseo hablar a continuación de la necesidad de que los pastores sean discipulados y rindan cuentas de sus vidas para que toda la Grey, la manada de Dios, trabaje a su máximo potencial.

Todos somos ovejas: de la teoría a la práctica

Tenga en cuenta, amado (a) de Dios, que todo dirigente necesita ayuda, orientación, instrucción y consejo. Parece común aceptar que la Iglesia debe estar sometida a los pastores, pero esto es una verdad a medias. La verdad completa es que todos debemos someternos unos a otros en el temor de Dios (Efesios 5.21). En la Iglesia no hay lugar para cabos sueltos o vigas sin amarrar; todos debemos estar constantemente sometidos en humildad. Es una mentira del diablo afirmar que los pastores no están sometidos a nadie.

De hecho, esta creencia viene de la Iglesia católica romana, con toda su corrupción. Antes bien, como afirma Rick y Eunice Johnson: “todos debemos tener un sistema de rendición de cuentas”.²² Aunque

²² Johnson, 2013, p. 280.

es verdad que la Iglesia está bajo el cuidado y supervisión de los dirigentes, lo cierto es que estos no deben ser “llaneros solitarios”. Ellos deben constantemente dar cuentas de su labor, además de contar con el apoyo de otros hermanos que les den buen consejo y dirección.

Proverbios 19. 20 nos enseña: “escucha el consejo, y recibe la corrección, para que seas sabio en tu vejez”. Cuánto bien traen a la congregación los pastores que rinden cuentas y son aconsejados a tiempo.

Si los dirigentes no están sujetos a otros para que conozcan de ellos el estado de sus matrimonios, luchas personales y ministerios, tarde o temprano tendrán graves problemas, que pueden afectar a toda la congregación. No me refiero a que el pastor esté en pecado, pero sí puede perder la visión y el propósito de la Iglesia; después de todo, ¿acaso no somos sólo humanos?

Rick y Eunice Johnson dicen, respecto a esto, “como consecuencia, la Iglesia pasa años paralizada, desorientada o mal enfocada. Ya que no ha buscado a hermanos sabios y bien orientados para que le den consejo en cuanto a los propósitos de Dios, dirección y rendición de cuentas de su vida, (el pastor) termina con un “ministerio” sumamente subjetivo”.²³

²³ *Ibíd.*, pp. 280-281.

Es crucial para la salud de la Grey que los dirigentes busquen a algunos hermanos dentro y fuera de su Iglesia local para que le ayuden con perspectiva y experiencia. Pero tenga cuidado, estos hermanos deberían ser sobrios, sabios y maduros, que tengan peso espiritual y estén bien empapados del rol de la Iglesia contemporánea, así como el enfoque de liderazgo bíblico, que cuenten con experiencia en el ministerio y que busquen el rostro de Dios en oración, sólo así se garantizará la calidad y pertinencia de las decisiones y objetivos que se plantean en la Iglesia. Recuerde siempre: “pero Él nos da mayor ayuda con su gracia. Por eso dice la Escritura: ‘Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes’” (Santiago 4.6).

Veamos ahora el segundo aspecto crucial para el beneficio y sostén de la Grey del Señor.

“Obedeced a vuestros pastores”

Uno de los desafíos que puede enfrentar un cuerpo de pastores en su ministerio es una congregación que no se somete a su liderazgo. En mi experiencia personal, he podido ver cómo muchos pastores desfallecen debido a una congregación que no le gusta sujetarse a su autoridad.

Esto puede suceder por varios factores. Primero, porque la congregación permaneció mucho tiempo sin pastores y ahora es muy complejo adoptar una metodología de trabajo con una o varias cabezas al frente. Segundo, que el pastor o líder, que trabajaba sin un equipo de ancianos, enseñó a la congregación que las decisiones más importantes las debía tomar la Iglesia como grupo, según el voto de la mayoría. Y más triste aún es cuando, en tercer lugar, la congregación no ve en su pastor o equipo de ancianos un modelo de autoridad, bien sea por su juventud, carácter, enfoque bíblico o cualquier otra característica física, racial, económica o social.

Sin embargo, las Escrituras enseñan que obedecer a la autoridad puesta por Dios es sabio y trae mucha bendición y refrigerio. Con certeza puedo decir que el desafío más grande de un pastor, después de tener una vida personal santa y digna de confianza, es lidiar con una congregación que no quiere someterse a su enseñanza y dirección. Pese a esto, Dios ha determinado autoridades que le representen legalmente en la Tierra mientras Cristo, el supremo gobernante, viene para reinar por siempre. Por tanto, es edificante que cada creyente se someta a sus pastores pues esto representa someterse al mismo Dios (vea Romanos 13.1, compare con los dirigentes piadosos de la Iglesia).

El pasaje clave se encuentre en Hebreos 13.17, en donde el escritor dice: “obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso”.

Los pastores representan a Dios en el liderazgo eclesial

Este pasaje nos enseña que, contrario a lo que se percibe en la actualidad, en donde la congregación gobierna a los líderes, son los pastores quienes deben liderar para Dios a la congregación. Por supuesto que esto no debe hacerse de forma dictatorial, sino en completa mansedumbre y humildad. Esto es lo que dice el apóstol Pedro:

“Apacentad la Grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la Grey” (1 Pedro 5. 3-4).

Los pastores y los ancianos son siervos que sirven bajo la autoridad de “el Príncipe de los Pastores” (1 Pedro 5.5).

Tal como los líderes de la Iglesia deben liderar con amor y humildad, quienes están bajo su liderazgo deben someterse en amor y humildad. 1 Tesalonicenses 5.12-13 dice: “os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros”. Jesús también dijo: “de cierto, de cierto os digo: El que recibe al que yo enviare, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió” (Juan 13.20).

Cuando un hombre es designado para liderar a una congregación, nuestra sumisión y obediencia a él es equivalente a someternos y obedecer a Cristo. Por el contrario, “cuando no hay líderes llenos del Espíritu que gobiernen bien o personas sumisas que sigan bien, hay caos y desunión en la Iglesia y se abren las puertas a toda clase problemas espirituales”.²⁴

Los pastores son responsables ante Dios

Ya se ha dicho que la responsabilidad de todo anciano, obispo o pastor es cuidar del bienestar espiritual de la congregación. El pasaje lema de este

²⁴ MacArthur, 2014, p. 449.

apartado dice: “porque ellos velan por nuestras almas, como quienes han de dar cuenta” (Hebreos 12.7). Ser un líder en la Iglesia de Cristo es una responsabilidad muy seria, a la cual debe aspirarse con mucho cuidado (vea Santiago 3.1).

El ministerio del anciano no radica en dar cuentas al hombre, a un organismo político, gubernamental, denominacional o institucional, el siervo de Cristo da cuentas principalmente a Dios por el manejo de la Iglesia y es frente al trono de Dios en donde será juzgado todo lo que hizo y no hizo en el ministerio. Por esta razón, Pablo dijo: “yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas” (2 Corintios 12.15). Él sabía que una vez lleguemos al cielo, serán abiertos los libros, y toda obra será juzgada según cada uno hizo en vida (Apocalipsis 20.12).

El apóstol Juan también se refirió a esto al decir “no tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Juan 4). La alegría más dulce de un pastor es ver a sus hermanos caminar con el Señor y dar fruto. Pero, por otra parte, una de las experiencias más tristes que puede sobrevenirle a un pastor es pasar años de su vida trabajando con quienes no crecen, no responden al liderazgo y no caminan en la verdad.

Para que los pastores sirvan con alegría

Cuando la Iglesia se somete humilde y animosamente al liderazgo de sus dirigentes, estos viven la obra con gozo y satisfacción personal. He escuchado a algunos pastores afirmar que la obra es difícil y la congregación rebelde. En ocasiones veo tanto descontento en los pastores que lo único que deseo hacer es darles un abrazo y animarlos a continuar, a pesar de que yo soy sólo una oveja más del redil de Dios.

Lo que toda Iglesia sana debe entender es que ellos, los miembros, están en la responsabilidad de ayudar a que sus líderes les sirvan con alegría y satisfacción. ¿Acaso para usted no sería estresante ver a sus pastores frustrados en todo momento? Para mí lo sería. Creo que mi pregunta para este tipo de pastores sería: ¿es que acaso no amas la obra del Señor? Pero, habiendo tenido el privilegio de servir en el ministerio pastoral, puedo responder por muchos pastores: sí, amamos la obra, pero en ocasiones el ministerio puede producir queja e incertidumbre, al no ver los resultados espirituales que esperamos.

Debemos someternos a nuestros pastores con buena voluntad y no de mala gana o por compulsión, para que ellos puedan experimentar alegría en su

servicio a Dios. Es común que haya personas tercas y caprichosas en las Iglesias, que privan a los pastores fieles de la alegría que Dios pretende darles. No someterse adecuadamente a los dirigentes puede traerles queja en lugar de alegría y en, consecuencia, esta actitud del corazón le produce dolor y desagrado a Dios, quien los envía para cumplir su santa misión.

Es interesante que la palabra “quejándose” (*stenazontes*), mencionada en el versículo 17 de Hebreos 13, quiere decir “gemido interno no expresado”. Es una queja que sólo suele conocer el pastor, su familia y Dios. En realidad, no sabemos cuánto daño podemos hacer al cuerpo de Cristo cuando expresamos falta de sujeción a nuestros pastores. Probablemente, estas personas no sean conscientes, ni les interesa el dolor que causan a sus pastores y a otros líderes.

Quizá Jeremías puede decirnos cómo se siente experimentar esto. En Jeremías 9.1, el profeta dice: “¡oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas, para que lllore día y noche los muertos de la hija de mi pueblo!”. Este hombre había clamado al pueblo de Israel por arrepentimiento, pero ellos decidieron llamarle loco y rebelde; hasta blasfemo. El libro de Lamentaciones es el fruto de la amarga realidad que produce de la desobediencia del pueblo en un corazón dispuesto a servir.

Ni siquiera Jesús pudo librarse de la queja. En Lucas 13.34 Jesús dice: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!”. Para Él era difícil ver a un pueblo sin pastor y al mismo tiempo sentir la obstinación y el rechazo de los judíos.

En una ocasión Pablo tuvo que animar al joven Timoteo, pues estaba agobiado por la obra que debía ejercer en Éfeso. La Iglesia estaba liderada por gobernantes que no se conformaban a la sana doctrina y que desconfiaban de la madurez del joven Timoteo, por lo cual Pablo le anima a permanecer, persistir y avivar el fuego del don de Dios que había en él.

Por supuesto, los pastores no son perfectos e infalibles. Puede haber ocasiones en que se justifica el desacuerdo de un miembro de la Iglesia con un pastor, o incluso el llamarle la atención o acusarle de persistir en el pecado. Pero las Escrituras dan directrices claras sobre cuándo y cómo debe confrontarse a un líder: “contra un anciano no admitas acusación sino con dos o tres testigos. A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman” (1 Timoteo 5.19-20).

Resulta en mucha bendición y gozo cuando los pastores están tan sujetos a Cristo y su Palabra que la congregación se somete a ellos con entera confianza y libertad.

Porque nosotros recibimos alegría

La rebelión constante de la Iglesia para con los líderes y ancianos evita que sus miembros aprendan y crezcan apropiadamente. Produce esterilidad y amargura espiritual. Un refrán dice: “quien nunca da alegría nunca tendrá alegría”. Cuando no tenemos un espíritu obediente y amoroso, Dios se desagrada, producimos queja en nuestros pastores y nosotros también perdemos la alegría de pertenecer a una congregación. Pablo dijo a los Filipenses: “y asimismo gozaos y regocijaos también vosotros conmigo” (Filipenses 2.18).

En el comentario bíblico de Hebreos de John MacArthur, el pastor explica que “nunca se encontrará un pastor verdaderamente feliz sin una congregación feliz, o una congregación feliz sin un pastor feliz”.²⁵

La felicidad de los dirigentes y de los miembros es, sin duda, un indicio de que una Iglesia es

²⁵ MacArthur, 2014, p. 451.

espiritualmente sana. Por eso, para concluir este capítulo sobre la Grey del Señor, quisiera que reflexionemos en un artículo de Jared C. Wilson, que aborda cinco características de una Iglesia fructífera.

5 características distintivas de una Iglesia fructífera*

Sigo las discusiones pastorales y misiológicas actuales sobre “la fidelidad vs. la fecundidad” con un desconcierto distante. Yo creo que la fidelidad de una Iglesia hacia la misión de Dios es en sí misma un éxito, independientemente de los “resultados”. Y también creo que una Iglesia fiel será una Iglesia fructífera. Pero cuando algunos comienzan definiendo la fecundidad en formas cuantificables (decisiones por Cristo, asistencia, etc.) veo más pragmatismo y menos Biblia.

¿Significa esto que no creo que debemos buscar resultados? No: solo significa que creo que hay que mirar los resultados de manera diferente. Creo que medir la fecundidad de una Iglesia no es tan simple como contar cuántas manos se levantaron durante una invitación o cuán lleno está el parqueo.

* Jared C. Wilson es el pastor de la Iglesia Middletown Springs Community Church en Middletown Springs, Vermont, y es el autor de *Gospel Wakefulness* (Crossway, 2011). Artículo publicado originalmente el 06 de Junio del 2016 en The Gospel Coalition. Traducción por Luis Lana.

En 1741, el gran Jonathan Edwards publicó por primera vez su libro ahora clásico *The Distinguishing Marks of a Work of the Spirit of God* (Las características distintivas de una obra del Espíritu de Dios). En este importante trabajo, Edwards está analizando y sintetizando todo lo que ha experimentado en los avivamientos de su época. Él quería saber, ¿cuáles son las señales de que está ocurriendo un mover genuino de Dios?

En otras palabras, ¿cuáles son las verdaderas evidencias de fecundidad espiritual?

Curiosamente, él prologa su lista de “características distintivas” con una lista de cosas que pueden o no ser signos de un verdadero mover de Dios. Es una colección curiosa (incluyendo cosas como experiencias carismáticas, la agitación de las emociones y la fogosa predicación del infierno) y Edwards está diciendo que estas cosas podrían ser buenas en muchos casos, pero por sí mismas no autentifican una obra de Dios. Una obra de Dios puede tener experiencias carismáticas, agitar las emociones y cosas similares, pero también a la vez, puede no serlo. (También él enumera algunas cosas negativas —como errores y falsedades— que no necesariamente refutan una obra de Dios, ya que él razona que un verdadero mover de Dios probablemente causará que Satanás trate de descarrilarlo).

Creo que debemos aplicar el fuerte razonamiento de Edwards al paisaje eclesiológico hoy. ¿Cuáles son los signos de la fecundidad real? ¿Cómo sabemos que nuestra Iglesia es una parte creciente de algo que Dios está bendiciendo?

Bueno, en primer lugar, vamos a ver, como lo hizo Edwards, algunas cosas que pueden o no pueden acompañar a un verdadero movimiento de Dios.

Marcas de neutralidad: estos pueden o no autenticar la fecundidad de una Iglesia.

1. Una acumulación constante de decisiones por Cristo o respuestas en arrepentimiento durante las invitaciones en los domingos

Todos hemos visto a pastores que promocionan sus capturas semanales en las redes sociales. Muchas personas en efecto oyen el Evangelio y responden realmente de esta manera. Sin embargo, este tipo de estrategia evangelística ha sido empleada por los evangélicos durante los últimos 50 años y todavía nos enfrentamos a una sequía discernible de un cristianismo maduro en el Oeste, y a una disminución constante del número de evangélicos. Los procesos de discipulado en muchas de estas Iglesias que

“cuentan las manos” parecen terminar en el conteo de manos. Algo no está cuadrando. Incluso Spurgeon ha comentado sobre esta práctica, pues era una rutina aun en su día. Podemos decir esto: que la gente conozca a Cristo siempre es algo bueno, no importa el tipo de Iglesia en el que están o el método por el cual escucharon el Evangelio. Pero esto en sí no santifica los métodos. Y un simple recuento de cuántas decisiones hubo no demuestra fruto genuino, porque una verdadera decisión es en sí sola el primer brote pequeño de la vida de un fruto.

2. Gran asistencia

Se vuelve cansado tener que repetir esto, pero los evangélicos estadounidenses aman lo grande, así que tenemos que seguir diciéndolo: tener mucha gente no es en sí mismo un signo de fidelidad. Es otra señal neutral. Una gran cantidad de gente que viene a una Iglesia puede ser algo bueno. ¡No hay nada inherentemente malo en una Iglesia grande! Pero tampoco hay nada inherentemente bueno. Una de las Iglesias más grandes de América del Norte es una Iglesia donde el Cristo crucificado no se predica de forma rutinaria. Además, los mormones tienen Iglesias grandes. No hay más que mirar a la esfera política para una analogía adecuada: ¡Una gran

cantidad de personas apoyando algo no significa que ese algo está haciendo algo bien!

3. Las experiencias emocionales

Aquí seguimos con Edwards. Edwards dice correctamente que la verdadera adoración a menudo involucra a los adoradores en un nivel emocional. Sería extraño que un genuino amor por Jesús no hiciera que los seres humanos sientan algo. Sin embargo, en muchas Iglesias, el énfasis está en la experiencia emocional. Esta es la razón por que anuncian su música como “emocionante”, “vibrante”, o el adjetivo familiar “relevante”. Estos calificativos comunican que el culto es para el creyente, que es otra manera de revelar que es al adorador que la adoración está adorando. Así que no es algo malo volverse emocional en la Iglesia. Pero no es en sí misma una señal de que su Iglesia está haciendo algo bueno.

Así que tenemos 3 señales neutrales, ninguna de las cuales son indicadores fiables de la fecundidad genuina. Una Iglesia fructífera puede testificar de muchas conversiones, una asistencia creciente, y un involucramiento emocional intenso. O puede que no. Entonces, ¿cuáles son los signos de fecundidad espiritual que debemos buscar? Yo pienso que las

“Características distintivas de una obra del Espíritu de Dios” de Edwards funcionan bastante bien.

Características distintivas de una Iglesia fructífera.

1. Una estima cada vez mayor por Jesucristo

¿Cómo se mide esto? ¿Cómo se puede saber si una Iglesia se centra en la gloria de Jesucristo? Bueno, creo que se empieza con las comunicaciones más visibles. En el sermón y el canto, ¿es Jesús el punto focal? ¿Los sermones predicados hacen de Jesús un actor, un aditivo en el tiempo de invitación, un héroe citable? ¿O promueven su obra terminada como la única esperanza de la humanidad? ¿Los mensajes laboran más intencionalmente en la Ley o se deleitan con más atención en el Evangelio? ¿La gente está recibiendo una dosis constante de “cinco cosas que hacer”, o están saliendo con el entendimiento de que el mensaje esencial del cristianismo es que la obra de la salvación ya está consumada?

Musicalmente, ¿la Iglesia se centra más en la crear una experiencia o en adorar al Creador? ¿Las canciones cuentan la historia del Evangelio? ¿Las personas son las estrellas del espectáculo o Jesús? ¿La Iglesia habla de generalidades vagas sobre la

esperanza, la paz, la luz, etc., sin hacer constantemente la conexión que Jesús es la encarnación de estas virtudes?

¿La gente de la Iglesia habla con estima acerca de Jesús más que simplemente hacer el bien o el conocer la doctrina correcta? ¿Los pastores exhiben una alta estima hacia Jesús? ¿Están ellos apasionados por Jesús?

Si la Iglesia no está asegurando que Jesús sea explícita y persistentemente el punto de todo, entonces no es fructífera. Y a la inversa, si una Iglesia se está asegurando que Jesús sea explícita y persistentemente el punto, entonces está siendo fructífera, ya que la adoración continúa a Jesús es un fruto del nuevo nacimiento.

2. Un espíritu de arrepentimiento discernible

¿Está la Iglesia, en primer lugar, predicando sobre los peligros y horrores del pecado? Y luego, en su predicación del Evangelio, ¿están las personas respondiendo a la convicción y consuelo del Espíritu con arrepentimiento? ¿Las personas admiten y confiesan su pecado? ¿Hay un aire de humildad en el lugar o un aire de arrogancia? ¿Los pastores son abusivos? ¿Son las personas narcisistas? ¿Se practica la disciplina en la Iglesia de manera apropiada, gentil

pero directa? ¿Hay un espíritu de chismes en el lugar o de transparencia? ¿La programación de la Iglesia está construida en torno a valores de producción o a la intimidad honesta con el Señor?

¿Las personas se arrepienten con facilidad? Esa es una verdadera señal de fecundidad genuina.

3. Una dedicación tenaz a la Palabra de Dios

Una gran cantidad de Iglesias dicen que están “basadas en la Biblia”, pero con esto quieren decir que citarán algunos versículos de la Biblia en el sermón. O bien, puedes echar un vistazo a sus ofertas de grupos pequeños y verás que la mayor parte de ellas están construidas en torno a intereses especiales, pasatiempos o datos demográficos personales. Pero las Iglesias fructíferas aman la Palabra de Dios. Predican de ella como si hacerlo les diera oxígeno. La estudian con determinación e intensidad. Creen que la Palabra de Dios es suficiente, poderosa y con autoridad. ¡Puede ser que incluso veas a las personas llevar sus Biblias a la reunión de adoración!

Edwards dice que una marca de un verdadero movimiento de Dios es una alta estima por las Escrituras. Me temo que esta característica está mucho más ausente en muchas Iglesias evangélicas

que ciertamente utilizan la Biblia, pero no la están estimando efectivamente.

4. Un interés en teología y doctrina

Sí, el conocimiento aparte de la gracia simplemente envanece, pero esto no hace desechable al conocimiento. Edwards dice que el pueblo de Dios amará las cosas de Dios. Ellos escudriñarán sus caminos, siguiendo los senderos de la doctrina en las Escrituras directamente hacia el trono. En nuestros días, es común ver la emoción/experiencia de estar en contra de la doctrina/teología y así es muy común ver Iglesias que se han dedicado a una e ignorado la otra. Pero, así como una Iglesia que solo es información en la cabeza y sin corazón es infructuosa, también lo es una Iglesia que solo es emociones y sin profundidad. Algunos pastores incluso se burlan públicamente de la teología o denigran el estudio de la Biblia. Pero la Iglesia no ha perdurado durante 2.000 años en base a “sentimientos espirituales”.

El Señor mismo dice que los verdaderos adoradores adoran en espíritu y en verdad. No podemos desechar la verdad por un “espíritu” dominante. Y, de hecho, como dice Edwards, el trabajo del verdadero Espíritu es “operar como un

espíritu de verdad, que lleva a las personas la verdad, convenciéndoles de aquellas cosas que son verdad”.

5. Un evidente amor a Dios y amor al prójimo

Tal y como suena. La verdadera fecundidad se evidencia principalmente en la obediencia a los mandatos de Dios, el mayor de los cuales es amar a Dios y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Si una Iglesia parece existir solo en aras de su propia supervivencia, solo por el bien de su propia empresa, solo por el bien de sus propias experiencias internas, no importa cuán grande se vuelva, es probable que no sea fructífera, sino más bien que esté hinchada.

Las Iglesias fructíferas puede que vean —o no— conversiones continuas, pero tendrán un corazón de constante servicio y compasión hacia el mundo fuera de sus puertas.

Midiendo el Espíritu

Obviamente, estas cinco cosas son más difíciles de cuantificar que simplemente contar las manos y la gente que asiste. Creo que es por eso por lo que (¿perezosamente?) tendemos a equiparar la cantidad de manos y cuerpos con buenos frutos. Pero quiero

hacer la afirmación provocativa de que una Iglesia puede ser espiritualmente fructífera sin ver frecuentemente muchas conversiones, sin estallar dramáticamente en la asistencia, sin crear “experiencias de adoración” que despiertan las personas imaginativa y emocionalmente. Ver esas cosas puede ser bueno si se hace desde el lugar correcto. Pero por sí mismo no son indicadores de fruto genuino.

Sí, la Iglesia primitiva contaba. Es totalmente bueno contar. Pero en las páginas del Nuevo Testamento no vemos el tipo de énfasis en alta asistencia y producción de decisiones que existe hoy. Vemos fidelidad. Y vemos el fruto (“a tiempo”) y, a veces no (“fuera de tiempo”). La tarea de la Iglesia no es tener éxito sino ser fiel. Si no está viendo mucho fruto evangelístico, en otras palabras, tenga cuidado de que no sea porque está siendo evangelísticamente desobediente.

Aquí hay algunas buenas preguntas diagnósticas para ayudarnos a ser más profundos en las mediciones de nuestra Iglesia. Las he adaptado de mi libro “La Iglesia Pródiga”:

1. ¿Los que están siendo bautizados continúan caminando en la fe un año después? ¿Dos años? ¿Tres años?

2. ¿Cuánta de nuestra gente está siendo entrenada para discipular personalmente a otros?
3. ¿Qué porcentaje de nuestros asistentes durante los fines de semana están involucrados en grupos pequeños? ¿Evangelización? ¿Servicio comunitario?
4. ¿Cuánta de nuestra gente podría articular el Evangelio bíblico?
5. ¿Cuál es la reputación de nuestra Iglesia en la comunidad?

En Gálatas 5, Pablo contrasta una lista de malos comportamientos con buenas cualidades. El fruto del Espíritu. Estos son mucho más difíciles de medir que una simple acumulación de buenas acciones, pero son un mejor indicador del crecimiento espiritual. Una cosa que vemos seguido en las Escrituras es cómo el carácter, la disposición, la calidad y el ser se enfatizan consistentemente por encima del comportamiento, posición, cantidad y el hacer. La primera es mucho más difícil de medir, pero ¿acaso no es esto así?

El Espíritu Santo no es tan fácilmente cuantificable.

Apacienta mis ovejas

Era una tarde especial. El crepúsculo se tornaba púrpura y naranja, la arena dorada se mezclaba con el cálido sonar de las olas y siete hombres pescaban a pocos metros de la orilla.

Un cuadro hermoso.

En el mar, con una barca de madera y endeble redes de pescar, Simón recordaba sus primeros pasos en la fe, cuando aquel hombre singular lo llamó para echar la red a su derecha. Era el discípulo frente a lo imposible, cara a cara con la divinidad. Cómo olvidaría ese encuentro. Ahora estaba nuevamente en el mismo escenario, en el génesis de su vida, mientras recordaba aquel día cuando, temeroso, le dijo a su maestro: “Rabí, lo hemos dejado todo para seguirte”.

No era la mejor tarde para él. Desearía seguir siendo un pescador de hombres y no aquel Simón sin destino, abandonado a la suerte de pescar peces para darle sentido a su existencia. Aquella tarde la red no se llenó y sus esperanzas parecían perdidas.

Un hombre, de indescriptible apariencia, apareció en la playa esa tarde y sin prisa le dijo al cansado Simón: “echen la red a la derecha de la barca y hallarán”. El discípulo soltó la red. Su corazón se agitó en fuego como una oveja que reconoce la voz de su pastor. ¿Se trata del Maestro? Los ánimos se agitaron entre los discípulos. El tiempo se paralizó.

Un silencio.

Gaviotas en el cielo. El sol brillando sobre el mar. Siete hombres. Un Dios.

El alboroto de peces en la red reanudó la escena y Simón se lanzó al mar y nadó hacia la orilla, como un siervo que brama por las corrientes de las aguas.

Aquel hombre misterioso les esperaba en la playa, con un pez sobre las brasas y panes para la cena. Nadie se atrevía a preguntar su procedencia. ¡Sabían que era el Maestro! Aquel que se levantó de los muertos al tercer día, venciendo al pecado y la muerte tras su sacrificio en la cruz. Sabían que era el heredero del trono de Dios, el resplandor de su gloria, la imagen misma de su sustancia; el alfa y la omega. A pesar de que al principio no fue reconocido por sus discípulos, su eterno amor era inconfundible. Su deidad casi se metía por los poros de todos ellos, llenando la atmósfera. Era el Mesías.

Horas después, ya en medio de la cena a la orilla del mar, el Maestro llamó a Simón y le preguntó algo que jamás habría de olvidar. Le dijo, tres veces, ¿me

amas? Sólo la tercera vez el cansado y temeroso Simón dejó desprender de sus ojos algunas lágrimas. Quizá recordó las tres veces que le negó cuando su Maestro era llevado al matadero, habiendo prometido seguirle a donde fuera, incluso hasta la muerte. Simón, conociendo que su Maestro todo lo sabía, respondió: “sólo tú sabes que te amo”.

Una mirada se cruzó entre ellos. Simón contempló detenidamente a su Dios; la gracia era el color de sus ojos; la misericordia el color de su piel; piedad sus vestiduras, tan blancas como la santidad.

Jamás olvidaría su rostro.

“Apacienta mis ovejas”, le dijo el Mesías a Pedro, “sígueme” (Juan 21.1-19).

El cuidado de la grey

Cuánto daría un creyente por estar en la última cena que Jesús tuvo con sus discípulos junto al mar de Tiberias. Fue un encuentro inigualable, especialmente para Pedro.

Creo que no hay nada más grandioso que ser llamado por Cristo para apacentar la Grey de Dios. Pero tampoco hay nada más serio y de mayor responsabilidad. Pedro comprendió aquella tarde que nunca más podría volver a negar a su Maestro, pasara lo que pasara. Creo que la gran mayoría de los

pastores que han sido llamados al ministerio se han sentido indignos de recibir el cargo. Se comenta que lo primero que dice un siervo de Dios al ser llamado es: ¿por qué a mí?

Tal vez le hemos negado más de tres veces, o quizá hemos dicho en algún momento de nuestra vida que seguir a Cristo no vale la pena. Aun así, Él nos pone en el ministerio. Nos llama aparte, luego de cenar con Él.

Vienen a mi mente las palabras de Pablo: “doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús” (1 Timoteo 1.12-14).

Quiero que comprenda que apacentar la Grey de Dios no es un trabajo, es un estilo de vida. Y no hay mayor privilegio que participar de eso que Cristo participó. Cuidar la Iglesia de Dios es maravilloso porque a través de ello podemos vivir en carne propia lo que vivió el Hijo de Dios. Pero tenga cuidado, no debemos emocionarnos en la línea de salida para luego cansarnos a los pocos metros de distancia.

Pastorear animales es una tarea para semiexpertos. No es un trabajo muy difícil; incluso

un perro puede adiestrarse para que aprenda a cuidar un rebaño de ovejas. Pero pastorear un rebaño espiritual no es tan sencillo. El pastorado demanda a un hombre piadoso e íntegro, con múltiples dones y habilidades. Y debe mantener una perspectiva humilde y la conducta de un joven pastor.

La frase más recurrente que suelo escuchar en las reuniones pastorales es: “trabajar con personas es lo más difícil que hay”. Y es cierto. En la congregación se conocen todo tipo de temperamentos, pensamientos y modos de percibir la vida. Por eso es necesario que analicemos qué contempla la frase: “apacienta mis ovejas”.

Richard Baxter provee un excelente modelo de cuidado en su magnífico libro *El Pastor Reformado*. Permítame citar algunos puntos y comentar acerca de la importancia de este cuidado.

La realidad de toda Iglesia es que no habrá más miembros que los que podamos cuidar. No es usual y tampoco recomendable que una congregación posea tantos miembros que los ancianos no puedan siquiera conocer las luchas personales de cada uno. Dios añadía a la Iglesia de Jerusalén los que habían de ser salvos porque estos cuidaban de todos y cada uno de ellos. El llamado al ministerio pastoral no es un llamado a predicar desde el púlpito, es un llamado a ser un “ovejero”. Debemos estar en total disposición

tanto de cortar la lana como de alimentar y cuidar a las ovejas.

Conocí la historia de un pastor de una mega Iglesia que solo aparecía cuando iniciaba el tiempo de la predicación. Cuando el hombre entraba al escenario, toda la gente lo ovacionaba mientras él caminaba en compañía de sus guardaespaldas. Terminado el servicio, se le preguntó: “¿Cómo hace para cuidar tanta gente?”, a lo que él respondió: “no cuido de ellos. Le he dicho a la gente que no tengo tiempo para eso y ellos lo comprenden; todos aquí saben que debo encargarme de asuntos más importantes de la congregación, no tengo tiempo para otra cosa”. Me pregunto cómo permanece esa Iglesia en materia espiritual, si es que en alguna manera permanece espiritualmente.

Según el pasaje de Hechos 20.28: “por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la Iglesia del Señor”, la responsabilidad del obispo es cuidar de cada miembro en particular. Esto significa que debemos conocer de cada uno su carácter, sus intereses, sus debilidades, sus luchas, “entonces debemos cuidarlos, así como Cristo, el buen Pastor, dejó las noventa y nueve para buscar a

la perdida, así nosotros debemos velar por cada uno de ellos”.²⁶

Tal vez usted dirá: “mi Iglesia es demasiado grande para eso”. Hemos visto en capítulos anteriores sobre la necesidad de trabajar en equipo, pues el ministerio pastoral no gira en torno a una persona sino a un equipo de ancianos. De modo que, si no ha podido apacentar correctamente a cada miembro individual, es porque no está trabajando a toda marcha con el modelo bíblico de los ancianos.

La Iglesia no debería tener muchos pastores si es pequeña, pero sí debe tener los que se consideren suficientes (necesarios) para abarcar la cantidad de miembros que asisten a la congregación. En mi opinión, un buen número es un anciano por cada treinta personas, aproximadamente. Este es el número ideal de miembros con los cuales puede trabajar un dirigente para conocer todos los aspectos que necesita conocer de su congregación.

Suponga que su Iglesia tiene 100 miembros. Permítame determinar cuántos ancianos sería recomendable para dicha Iglesia, tomando el número total de miembros y dividiéndolo entre 30 personas. 100 miembros, divididos entre 30 miembros por anciano, igual a tres ancianos, en promedio.

²⁶ Baxter, 1656, p. 9.

No es sano que un solo hombre vele por el cuidado de toda la Grey. Rick y Eunice Johnson dicen acerca de visitar a los miembros de la Iglesia en equipo: “en cuanto al trabajo de los dirigentes. es importante que otros hermanos los acompañen para observar, aprender y, en algunos casos, participar de sus dones. De repente esto se convierte en parte del discipulado para algunos. Sea como sea, de ninguna manera los dirigentes deben trabajar de forma tal que sólo ellos aprendan cómo llevar a cabo estos ministerios. Deben trabajar de manera que se reproduzca y crezca el trabajo”.²⁷

¿Se ha preguntado por qué tanto énfasis en trabajar con un cuerpo gobernante de ancianos? Por esta razón: seis manos son mejor que dos. El esfuerzo del cuidado se divide por el número de pastores que hay en la congregación y el trabajo se potencia. Creo que para usted como para mí es evidente que muchos hermanos dejan de asistir a la congregación por cosas como: “el pastor nunca me visita” o “el pastor mantiene muy ocupado en otros asuntos”. Aunque, por su puesto, esta no es una excusa para dejar de congregarse, el trabajo de los ancianos supera esta barrera pues se espera de ellos que sean los que cuiden espiritualmente de cada miembro de la Grey. Así, el trabajo se distribuye y Dios puede añadir cada

²⁷ Johnson, 2013, p.296.

día más a la Iglesia los que han de ser salvos, recuerde el caso de Moisés y los 70 ancianos.

Para lograr este objetivo, existen seis puntos primordiales a tener en cuenta.

1. Debemos tener la meta especial de lograr la conversión de los no creyentes

Este debería ser el objetivo primordial en el cual trabajamos con todas nuestras fuerzas. De esto se trata la gran comisión. De esto se trata el Evangelio, “que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5.19). Este es el misterio de la piedad, que Dios se hizo hombre en Cristo, fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, creído en el mundo y recibido arriba en gloria (1 Timoteo 3.16).

La condición de los inconversos es tan grave que merecen toda nuestra simpatía. Si nosotros nos equivocamos y nos arrepentimos, Dios nos perdonará, pero ellos están “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 1.12). Richard Baxter hace una pregunta muy desafiante para nosotros: “¿podemos permanecer indiferentes ante las necesidades de

aquellos que están yendo hacia el juicio y la condenación eterna?”.²⁸

La exhortación de Judas a los pastores y ancianos es: “conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne” (Judas 1. 21-23).

Si permanecemos en silencio mientras otros se van al infierno, esto indica que valoramos muy poco el sacrificio de Cristo en la cruz por su Iglesia. De todas las cosas que puede descuidar, asegúrese de no fallar en rogar, persuadir y urgir a los pecadores para que se vuelvan a Cristo para salvación.

2. Siempre debemos estar dispuestos a aconsejar a aquellos que buscan ayuda espiritual

Como pastores deberíamos estar en capacidad de tratar con la salud espiritual de la gente, tal como un médico lo hace con la salud física de su paciente.

Muchos pastores creen que aconsejan desde el púlpito. Muchos otros no saben qué es aconsejar. No se trata de predicar a nuestros hermanos en la fe en

²⁸ Baxter, 1656, p. 10.

una oficina, se trata de escuchar sus dificultades y asistirles en oración.

No solo deberíamos decir que estamos dispuestos a ayudar, sino que tenemos que animarlos a que nos busquen cuando necesitan ayuda. Por tal razón, le aconsejo que esté bien preparado para presentar un consejo oportuno cuando ellos vengan a usted. Una buena palabra de consejo puede ser de más ayuda que muchos sermones.

3. Debemos tener la meta de edificar a los creyentes en su fe

Existen cuatro grupos de creyentes en las congregaciones, los cuales necesitan ser edificados y discipulados constantemente en la fe. Quizá la tentación es ayudar a aquellos que tienen muy poco crecimiento o apenas están comenzando en la fe. Pero inmediatamente esta persona da un paso de fe mayor le olvidamos y dejamos de aconsejarla y discipularla, como si ya estuviera lo suficientemente madura para valerse por sí misma. Tanto los más débiles como los más fuertes deben ser edificados en la fe. Esto permite que haya un buen ambiente espiritual dentro y fuera de la congregación.

Un primer tipo de cristiano es aquel que ha sido creyente por largo tiempo, pero se ha contentado con

poco crecimiento espiritual. Estos creyentes tienen poco discernimiento y fácilmente pueden ser desviados del camino. Para ellos es difícil deleitarse en Dios y, debido a que no se dan cuenta de su inmadurez, fácilmente seden ante la tentación. Su condición es tan seria que deberíamos tener una meta especial de llevarlos hacia la madurez espiritual y equiparlos para el servicio cristiano.

El otro grupo lo conforman los creyentes que necesitan ayuda especial debido a algún pecado que está impidiendo su crecimiento. Es importante ayudarles a vencer el pecado específico que los asedia, bien sea el orgullo, el amor al dinero, la ira, el chisme, la mentira, el deseo sexual, o cualquier otro pecado. Deberíamos mostrarles la naturaleza vil del pecado y animarlos a morir a este. No debemos consentir el pecado en los creyentes, ni en los incrédulos. “Algunos podrían resentirse ante nuestra amonestación. Sin embargo, si queremos ser fieles a Cristo, debemos tratar firme y cariñosamente con aquellos que se han desviado”²⁹, dice Baxter.

Otro grupo al que debemos prestar mucha atención es el de aquellos creyentes que se han enfriado. Ellos pudieron tener un crecimiento exponencial muy significativo, pero debido a diversos factores en sus hogares, trabajos o en la

²⁹ Baxter, 1656, p. 10.

congregación, su fuego se ha extinguido y ya no encuentran deseo alguno por las cosas de Dios. Debemos tratar de trabajar diligentemente por restaurarlos, pues el enemigo no cesa de trabajar en estas personas, seduciéndoles a que abandonen la fe cristiana. Debemos procurar, eso sí, que su restauración sea completa. Ellos deben dar evidencia de que su arrepentimiento es genuino y deben confesar todo su pecado. Se necesita mucha sabiduría al tratar con estos casos.

Por último, necesitamos cuidar de todos aquellos que son fuertes en la fe. Ellos necesitan nuestra ayuda para mantener su vitalidad espiritual. También necesitan nuestra ayuda para demostrar un mayor progreso y equiparlos para un mayor servicio al Señor.

4. Debemos tener un especial cuidado por las familias

La clave de todo ministerio son las familias. Ellas son el núcleo de la sociedad y por ende el núcleo de la Iglesia. Trabajar por el bienestar familiar es trabajar por el bienestar espiritual de toda la congregación. La paz y la prosperidad de nuestras Iglesias dependen grandemente de unas buenas relaciones familiares.

Por una parte, trate de conocer personalmente cada familia pues esto les ayudará como equipo pastoral a conocer cómo pueden ayudarlas. A su vez, visite periódicamente a cada familia en su casa. Pregúnteles cómo está su relación con Dios. Muchos pastores visitan a una familia para almorzar, aproveche este espacio para preguntarles cómo está el devocional, el altar familiar y la vida de oración. Enséñeles que descuidar esto atenta contra la integridad de cada miembro de la casa. Si por algún motivo no saben cómo realizar estas actividades espirituales, tome tiempo para enseñarles los principios que les permitirán crecer en la vida devocional y la oración.

Por otra parte, asegúrese de que cada familia tenga unos buenos libros cristianos, además de una Biblia. Anímelos a que lean en sus tiempos libres, especialmente los domingos. También anímelos a apartar el domingo como un día especial para el Señor. Es común escuchar a algunas personas decir que es mejor hacer los cultos el sábado, debido a que las familias tienen eventos sociales el domingo. Esto puede ser cierto y cada familia merece un tiempo en familia el único día en que la mayoría descansa, pero tenga cuidado en acostumbrar a los hermanos a optar por un paseo o una atracción secular por encima de la edificación mutua con la familia de la fe.

5. Debemos ser diligentes en visitar a los enfermos

Se supone que el momento en que una persona está más receptiva al Evangelio es cuando se encuentra en momentos de enfermedad y dificultad económica o familiar. Incluso, personas no creyentes piden constantemente oración por sus familias, colocando sus esperanzas en Cristo. Esta es una oportunidad que no debemos pasar por alto. Tenemos que perseverar en visitar a los enfermos y animarlos a creer en Jesús, aún en su lecho de muerte. Sé que muchas de las conversiones que se pueden originar en estos contextos no son genuinas, y tampoco pretendo responder a la pregunta ¿puede salvarse alguien que nunca ha creído, pero se arrepiente antes de morir? Lo cierto es que, independientemente del resultado, debemos tener compasión por aquellos que se debilitan físicamente debido a una enfermedad. Pero ¿cómo hacerlo?

Primero, creo que no debemos esperar hasta que ellos se hayan deteriorado tanto que ya no puedan recibir nada de nuestro ministerio. Visítelos tan pronto como sepa de su enfermedad, sin importar que no le hayan invitado.

Segundo, si habla con personas de edad o que tienen enfermedades terminales, es importante concentrarse en las verdades más relucientes que

podieran traerle paz y reconciliación con Dios. Hábleles acerca de los disfrutes celestiales. De la delicia de la salvación y del eterno peso de gloria que recibiremos en los cielos. Recuérdeles que todavía pueden recibir el don de la vida eterna si se arrepienten y que no es demasiado tarde, pues Jesucristo está esperándoles gozoso con brazos abiertos.

Tercero, si estas personas se recuperan de sus enfermedades, recuérdelas las promesas que le hicieron a Dios cuando estaban enfermos. Esta ha sido una de las maneras para traer muchos hacia Cristo.

6. Consideremos la disciplina en la Iglesia

Este es el aspecto más olvidado en la congregación. Después de todo, ¿a quién le gusta generar conversaciones incómodas en las que se debe exhortar y amonestar a un miembro que continúa en pecado? Muchos pastores huyen a la disciplina espiritual olvidando los beneficios que traen sobre la congregación. La disciplina es el escenario preciso para conocer el carácter de las personas y ayudarles a superar los obstáculos que les privan del gozo del perdón y la gracia. No piense que hacer esto comprometerá la paz y la calma que pueda haber en

la congregación, ni tampoco crea que es innecesario generar espacios de disciplina. Después de todo, la obra no es nuestra, sino del Señor y Él traerá verdadera paz al confrontar con amor y firmeza a los hermanos (vea Hebreos 12. 5-11).

Es necesario tener en cuenta que debemos confrontar a todos aquellos que profesan ser creyentes, pero viven una vida inconsistente con su profesión de fe. Pero ¡tenga cuidado! Debemos hacerlo personalmente, antes de ir a una autoridad en la Iglesia. Por este descuido, se han generado terribles confusiones y divisiones en la Iglesia local o, peor aún, ha provocado que muchos salgan heridos de la congregación sin el más mínimo deseo de volver a asistir a una Iglesia. Es necesario no ir con rodeos sino hablar clara y francamente, tratando de sacar a estas personas de su apatía. Muéstreles cómo el pecado obstruye su crecimiento y el desarrollo de la congregación.

Si ellos permanecen en rebeldía, debemos llamarles en presencia de dos o tres testigos y, si todo continúa igual, en presencia de la Iglesia, para que acudan al arrepentimiento, tal como está descrito en Mateo 18.17. No se salte los procesos. Procure aplicar el método bíblico y recibirá bendición y una buena respuesta de parte de los hermanos. Este era el modelo bíblico de la Iglesia primitiva hasta que la corrupción de la iglesia Romana entró en el

escenario. Muchos pueden argumentar que esta práctica en público es vergonzosa y no tiene provecho, pero me uno a Richard Baxter cuando dice: “¿Qué derecho tenemos para cuestionar los deberes que Dios nos ha impuesto claramente? La disciplina de la Iglesia es esencial para sacar a la luz el pecado y mantener la pureza de la Iglesia. La disciplina de la Iglesia brinda al pecador una oportunidad final de restauración. La disciplina advierte y desalienta a otros en relación con el pecado”.³⁰

El ofensor no solo debería ser exhortado, sino también animado a arrepentirse y confesar su culpa en la Iglesia. Si persiste en que su pecado no es trascendental, pero afecta el desarrollo de la congregación, debe mostrársele en las Escrituras la gravedad que supone.

Por otra parte, necesitamos una buena medida de sabiduría divina para que no hagamos más daño que beneficio. También necesitamos mucha humildad, aun cuando sea necesario actuar en forma contundente. Debemos dar la impresión de que no estamos motivados por la envidia, el enojo o el orgullo. Una buena forma de hacer esto es confrontar con las Escrituras, con toda paciencia y doctrina (2 Timoteo 4.2).

³⁰ Baxter, 1656, p. 11.

La Iglesia, por su parte, debe orar por el ofensor, especialmente cuando este no desea asistir a las reuniones y no muestra remordimiento alguno por la situación.

En cuanto a los que persisten en pecar, 1 Timoteo 5.20 dice: “a los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman”. Agotado este recurso, aquellos que permanecen sin arrepentirse deben ser expulsados de la membresía de la Iglesia. El propósito es excluir al ofensor de los privilegios de la membresía hasta que se arrepienta, siempre teniendo como principio que, aunque esté fuera de la Iglesia, es necesario insistir en su restauración con amor y misericordia. Quizá algunos miembros se opongan al equipo de ancianos por tomar una decisión tan drástica, con el argumento de que “Dios no desecha a nadie”, sin embargo, aunque la Biblia enseña que no debemos arrancar la cizaña, pues corremos el riesgo de arrancar juntamente con ella al trigo, en algunos casos no excluir a una persona que no se conforma al gobierno de Dios en su vida puede ser más perjudicial a futuro que dejar que siga congregándose mientras hecha a perder el trabajo que con tanto esfuerzo se ha llevado a cabo en distintos escenarios de la Iglesia.

La Iglesia, la gran demostración de su Reino aquí en la Tierra, es un cuerpo de creyentes que han determinado juntos seguir a Cristo. En ella, el

creyente se enfrentará a constantes ataques del enemigo. Lágrimas surcarán las mejillas, sudor brotará de la frente. Pero nada nos privará de recibir la corona de justicia que está preparada para aquellos que aman la obra y la desempeñaron fielmente.

Hoy, como en aquella tarde le dijo a su joven discípulo Pedro, Cristo nos dice: “apacienta mis ovejas”. Y nosotros, sus fieles obreros, respondemos: Amén. “Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén” (Judas 1.24-25).

Quisiera que me acompañe en esta oración

Dios, ven a nuestro aposento y preséntate como nuestro Rey y Pastor. Quebranta nuestro corazón. Hazlo cada día más como el tuyo. Deseamos hacer tu voluntad en tu obra, aquí en la Tierra, pero solo tú sabes cómo podemos lograrlo. Somos débiles, así que ten misericordia. Gracias por el privilegio de ser parte de tu Cuerpo. Ayúdanos a encontrar el lugar que debemos ocupar en tu Grey y danos el fuego que le diste a Jeremías para continuar proclamando tu Palabra, en medio de una cultura impía y alejada de ti. Te lo pedimos en el nombre de Jesús, Amén.

Consideraciones finales

No quisiera terminar esta edificante tertulia sin antes hablar de dos cosas que me llaman poderosamente la atención. La primera, es la necesidad de las reuniones de los dirigentes para edificar a la Iglesia local, y la segunda es qué puede un equipo pastoral hacer cuando la Iglesia atraviesa por un periodo de sequía espiritual, que incluye asuntos como rebeldía espiritual, falta de asistencia o dificultades frente al trabajo en equipo para cubrir los gastos de la congregación, siendo esta última una forma de castigo que usan algunas congregaciones para presionar a sus dirigentes para que bajen la guardia o se vayan de la Iglesia.

Una taza de café y un clamor por el pueblo: las reuniones de los dirigentes

Las reuniones de los dirigentes son parte vital del trabajo en equipo para el beneficio de la Grey. Mucho se puede hablar en las reuniones pastorales, pero debe tenerse sumo cuidado al hablar de cosas irrelevantes. Algunos pastores afirman que, en las reuniones pastorales, se escucha hablar acerca de la importancia del pastor como el hombre más sobresaliente de entre la congregación. En otros casos se escucha acerca de la necesidad de ocultar cosas de la congregación y de no confiar en algunos miembros de la Iglesia. En algunas reuniones se habla del peligro de que alguien pueda cuestionar la “autoridad del pastor”. Mucho egocentrismo y poco clamor por el pueblo.

Lamentablemente, en algunas conversaciones impera el hecho de que los individuos deben ser controlados, usados para fines, visiones y propósitos personales del pastor. En reuniones así es notable que no existe una actitud de equipo. Peor aún es encontrarnos en reuniones en donde los dirigentes llegan a la conclusión de “hacer lo que bien nos parece y ocultar nuestro caminar ante la denominación”.

Esto es una vergüenza.

Rick y Eunice Johnson nos comparten su experiencia personal al respecto: “ha sido nuestra práctica, en los equipos de planeación de Iglesias, apartar un tiempo semanal para trabajar juntos orando, y para considerar las necesidades, retos y luchas de los hermanos en la congregación y de nosotros mismos. En algunas reuniones no es bueno tomar decisiones sino sólo orar por los hermanos. En otras, hay momentos en los que después de orar, debemos discutir, tocar temas difíciles y, estando unidos, buscar la mejor decisión sobre asuntos delicados. Luego está la necesidad de visitar a todos los hermanos, trabajar con ellos, ayudarlos y servirlos. Apreciados hermanos, les recomendamos seguir este ejemplo”.³¹

¿Cuándo fue la última vez que se reunieron como equipo de ancianos para tomar un café y restaurar la relación de amistad entre ustedes?
¿Cuándo fue la última vez que se reunieron en ayuno y oración para pedir al Señor por el plan para la Iglesia?
¿Cuándo fue la última vez que se reunieron para simplemente tener un tiempo de comunión y conocerse un poco más; sus dones, talentos, luchas y debilidades?

Le invito a se reúna con su equipo para desarrollar buenos lazos de amistad. Aquí empieza la

³¹ Johnson, 2013, pp.294-295.

unidad de la Iglesia y aquí termina el egoísmo dictatorial y el desorden que tienen muchas congregaciones. Es común que las reuniones de equipo sean espacios para hablar exclusivamente de los asuntos de la Iglesia, pero poco se sabe de la persona que tenemos al lado. ¿Conoce usted a qué hora lee la Palabra uno de los ancianos que hace parte del equipo? ¿Sabe usted cuál es el segundo apellido de los pastores de la congregación?, o ¿sabe cuál es el color favorito de su hermano? Después, cuando vienen los tiempos de crisis, los ancianos son los primeros en dividirse y formar grupos dentro de la congregación.

Invierta un poco de dinero en llevar un pan a la próxima reunión y no desperdicie el tiempo en trivialidades, antes bien, clamen juntos por el pueblo. ¿Acaso hay algún hermano que deba ser disciplinado? ¿Acaso existe una pareja que necesita ser discipulado para el matrimonio? ¿Saben ustedes cómo están los matrimonios de la Iglesia? O, por otra parte, ¿existen campos blancos a los cuales se puede llevar el Evangelio y plantar Iglesias?

Rick y Eunice concluyen diciendo:

“Recomendamos que, en las asambleas y equipos de plantación de Iglesias, haya hermanos responsables que tomen muy en serio la necesidad de reunirse cada semana. Siempre hay necesidades. Si los hermanos vienen, o no, a buscar ayuda, los

dirigentes deben salir a visitar; trabajar y convivir con cada uno. Hay demasiadas Iglesias donde los pastores sólo buscan a los hermanos cuando faltan a un culto, cuando están enfermos o si el hermano está causando problemas”.³²

Procure no desperdiciar estos tiempos hablando únicamente de actividades por realizar. Haga todo lo posible por aprovechar al máximo la tertulia y eleve un clamor por la Grey del Señor. ¡Esto es trabajo en equipo!

Operación a corazón abierto

¿Qué hacer en una congregación en donde sus miembros no desean ajustarse al modelo bíblico que sus pastores les proponen? Lo mismo que un doctor haría con un paciente que tiene problemas cardiacos y está a punto de sufrir un ataque al corazón, pero no lo quiere aceptar.

Algunos pastores que encuentran oposición en el ministerio prefieren mantener contentos a sus miembros, mientras rehúsan aplicar la Palabra del Señor en cada asunto de la Iglesia. Muchos de ellos afirman que quizá no sea necesario tanto esfuerzo o estar tan estrictamente apegado a las Escrituras. A la

³² *Ibíd.*, pp. 295-296.

larga, sucumben ante la tentación de convertir a la Iglesia de Cristo en una institución al gusto de los asistentes.

Los ancianos deben tener la madurez de inyectar paulatinamente la anestesia necesaria para después operar a corazón abierto los asuntos críticos de la Iglesia. Con esto quiero decir que una buena predicación de las Escrituras, reuniones de edificación y el discipulado, preparan a la Iglesia para los cambios que muchas veces resultan urgentes realizar.

Todos los pastores deberían estar tan comprometidos con la obra que no temen aplicar los métodos bíblicos para el beneficio de la Grey. Con seguridad, algunos hermanos que llevan muchos años congregándose son los primeros opositores, debido a que los cambios les producen incertidumbre, pero es necesario que el siervo de Dios sea eso: el siervo de Dios. Observe lo que dijo Pablo a los Gálatas:

“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un Evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el Evangelio de Cristo. Más si aún nosotros, o un ángel del cielo, os anunciaren otro Evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si

alguno os predica diferente Evangelio del que habéis recibido, sea anatema. Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo” (Gálatas 1.6-10).

Pablo entendía bien que cuando una congregación no se ajusta al modelo bíblico los pastores deben, humilde y amorosamente, programar una cirugía a corazón abierto. El hecho es que somos siervos de Cristo. No debemos consentir el pecado y mucho menos permitir que el diablo gane terreno en la Iglesia. Esto se hace aplicando las Escrituras en cada área de la congregación pues sólo ellas pueden derribar todo argumento y altivez que se levanta en contra del conocimiento de Cristo (2 Corintios 10.5).

Una buena manera de hacer esta operación es no forzar al paciente a entrar en la sala de cirugía. Es necesario hacer un chequeo diagnóstico, programar una radiografía, y mostrarle al paciente sus enfermedades, convenciéndole de la necesidad de que acuda a una intervención quirúrgica. Pero, contrario a los médicos seculares, esto debe hacerse con amor y proveyendo esperanza. Sabiendo que el médico por excelencia, Jesucristo, nunca falla al realizar la intervención. ¡No hay nada que temer!

Explíqueles a sus miembros con buenos argumentos por qué es necesario hacer cambios

oportunos y anímelos a estudiar, junto a usted, los pasajes bíblicos que apoyan su postura. No sea impaciente. Algunos miembros quizá nunca estén de acuerdo con sus métodos hasta que ellos mismos vean los resultados. A los miembros que piensan así debe enseñárseles el valor de honrar la Palabra y desafiarlos a creer en el plan de Dios para la Iglesia. Y, por supuesto, no olvide usar únicamente la Palabra de Dios para realizar estos cambios. Un médico tiene mucho cuidado al utilizar sus herramientas de operación y de igual modo los pastores deben usar el único instrumento que puede penetrar el interior del corazón de la Iglesia, la Palabra. Reflexionemos en los siguientes pasajes:

“Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de dos filos; penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y los tuétanos, y es poderosa para discernir los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4.12).

En 2 de Timoteo 3.16-17, Pablo le recuerda a Timoteo que “toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3.16-17).

La Palabra es la única que realmente respalda cada decisión que tomamos en conjunto. Ella es

infalible, autoritativa y eterna. Sobre esta roca, su Palabra, es que Cristo determinó edificar su Iglesia (vea Mateo 7.24-27 y compare con Mateo 16.18). La Iglesia no está edificada sobre un hombre, como la Iglesia católica romana suelen afirmar. El contexto del pasaje en Mateo 16.18 afirma que la roca en la cual se edifica la Iglesia es la Palabra de Cristo. Bien nos fuera usarla para ser eficaces.

Dag Hammarskjöld, hombre de estado y premio Nobel de la Paz dijo: “nunca niegues tu propia experiencia y convicciones por mantener la paz y la calma”. ¿Está temeroso de llevar a su paciente a la sala de cirugía? ¿Siente temor en aplicar el modelo bíblico a la congregación? Yo le animo a que reflexione en esto: ¿acaso no sabía usted que de esto se trata ser un pastor?, y si lo sabía ¿por qué no se detuvo a tiempo antes de aceptar el cargo?

Usted puede pasar por alto esto, pero sólo usted será responsable del bienestar espiritual de la congregación y tendrá que rendir cuentas a Dios de lo que hizo con la Grey. Le animo a perseverar en ello (1 Corintios 14:37-38).

Ocupado en los asuntos del Padre

Jesús se dedicó intensamente a hacer la voluntad del Padre. En una ocasión menciono: “mi

comida es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra” (Juan 4.34). De esta manera debemos hacerlo nosotros. Un escritor anónimo captó vívidamente la esencia de la mayordomía pastoral para con el Señor y su exhortación a hacer la obra a la manera de Dios conforme a su Palabra:

«Comprométete con tu trabajo. No temas porque el león ruge; no te detengas a apedrear los perros del diablo; no malgastes tu tiempo persiguiendo los conejos del diablo. Deja que los engañadores mientan, deja que los sectarios riñan, deja que los críticos maldigan, deja que los enemigos acusen, deja que el diablo haga lo peor; pero cuida que nada te evite cumplir con gozo la obra que Dios te ha dado.

»Él no te mandó para ser admirado o estimado. Nunca te ha mandado para defender tu carácter. Él no te puso en la obra para contradecir la falsedad (acerca de ti) que los siervos de Satanás o de Dios puedan empezar a difundir, o para averiguar el origen de todo rumor que amenaza tu reputación. Si haces estas cosas, no harás nada más; estarás trabajando para ti mismo y no para el Señor.

»Mantente en tu trabajo. Deja que tu meta esté tan firme como una estrella. Puede que seas asaltado, contradicho, insultado, matado, herido y rechazado, mal entendido, o que se te atribuyan motivos impuros; tal vez seas abusado por tus enemigos,

abandonado por los amigos y despreciado y rechazado por los hombres. Pero cuida con firme determinación, que tu celo no falte, que sigas el gran propósito de tu vida y el objetivo de tu existencia hasta que finalmente puedas decir: “He terminado la carrera que Tú me encargaste hacer”».

Referencias

Lewis, C.S. (1942). Cartas del diablo a su sobrino. Broadway, New York: Rayo.

Matthew, H. (1999). Comentario Bíblico de la Epístola a los Corintios. Barcelona, España: CLIE. p. 1.999.

Iglesias Cristianas Hermanos Menonitas (1978). El discipulado: manual de membresía. Kansas, Estados Unidos: Consejo de Literatura Cristiana. p. 60.

Núñez, M. Débora, la jueza de Israel (parte I). Disponible en: <https://bit.ly/2XPXbp9>.

MacArthur, J. (1994). Comentario bíblico a la epístola a los Romanos (parte 2), capítulo 12, versículos 4 y 5. La relación apropiada: unidad en la diversidad. Michigan, Estados Unidos: Portavoz. p. 415.

MacArthur, J. (2014). El comportamiento cristiano en relación con Dios. En: Comentario MacArthur del Nuevo Testamento, Hebreos y

Santiago. Michigan, Estados Unidos: Portavoz.
p. 304.

MacArthur, J. (1991). El plan del Señor para la
Iglesia. Chicago, Estados Unidos: Portavoz. p.
280.

Hermanos Menonitas de Colombia, DIHMENO.
(2010). Manual de Iglesias y Estatutos. p. 50.

Johnson, R. (2013). Lágrimas en el Camino de
Mileto. San Diego, Estados Unidos: Buena
Semilla. p. 530.

Mayhue, R. L. (2009). Ordenación Para el Ministerio
Pastoral. En: El Ministerio Pastoral: cómo
pastorear bíblicamente. Facultad del Master's
Seminary. Barcelona, España: Grupo Nelson. p.
177-178.

Baxter, R. (1656). El Pastor Reformado, Resumen.
Publicado originalmente en Londres.

Sobre el autor



Harold Cortés (1993) es comunicador social y periodista. Durante su carrera se ha enfocado en la escritura de crónicas, reportajes, poemas y narrativas de ficción, habiendo publicado los libros *Tierra de nadie* (2018), *Un crimen sencillo y otros relatos* (2020) y *Narrativas Transmedia a partir de libros de ficción y no ficción* (2020).

Se ha desempeñado como líder de jóvenes y pastor, realizó un diplomado en Estudios Pastorales y Ministeriales con la Universidad Bautista

Internacional y actualmente cursa una maestría en Teología con el Seminario Reformado Latinoamericano.

Sus artículos periodísticos se han publicado en medios como El Espectador, Noticias RCN, El País de Cali, Semana Rural de la revista Semana y Colombia 2020 de El Espectador. En cuanto a sus trabajos teológicos, Harold Cortes es el creador de la plataforma de desarrollo espiritual El Camino de Damasco, que pertenece a su emprendimiento editorial transmedia Libreta Negra.

ECB

Este libro se terminó de editar en el mes de junio del 2020, y se imprimió en la ciudad de Bogotá. Para el cuerpo de texto se utilizó la tipografía Bell MT.

El Camino de Damasco
Elcaminodedamasco.rog